LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

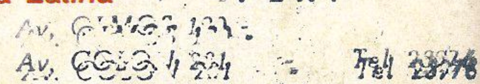
35

Pio XII

Carlo Falconi

Centro Editor de
América Latina







LOS HOMBRES de la historia 35

En marzo de 1939 las trompetas de plata presentaron al mundo, en la basílica vaticana, al sucesor de San Pedro. El nuevo papa trasuntaba un hieratismo y una solemnidad a los que parecía habituado desde siempre y emanaba tal intensidad de arcana y suprema concentración que era imposible resistir a su sugestión. Entre todas las figuras de los grandes protagonistas políticos y militares de su tiempo, la de Pío XII, profeta amargo y soberano conciente, sería durante veinte años la más familiar para sus contemporáneos: pero aquella primera incisión en la memoria fue ya definitiva.
También lo fue el hecho de que el papa estaba real y dramáticamente solo y así permanecería. Solo en el conocimiento del secreto de su misión verdadera y solo para soportar su peso. Solo frente a los hombres de la Iglesia que le pedían llevara intacta, más allá del Mar Rojo de la temida guerra mundial, la herencia de sus predecesores, y solo frente a los hombres de Estado que, con las lisonjas más diversas, le pedían que abrazara la causa de cada uno de ellos, sin cuidarse de reservarle el papel de excepcional árbitro moral que constituye la verdadera fuerza de toda auténtica potencia religiosa en el mundo.
Casi veinte años más tarde, al ocurrir su muerte el 9 de octubre de 1958 y con ella llegar a su término el pontificado, sería también el solitario blanco de los ataques más enconados que haya suscitado un papa en los últimos siglos, en especial por su conducta ambigua y reticente durante la última guerra mundial.
El llamado "silencio" de Pío XII, frente al terrible exterminio de poblaciones enteras, llevado a cabo por los nazis y sus aliados es, en efecto, un hecho que los defensores del papa Pacelli no han podido justificar y que su política de postguerra no logró hacer olvidar.
Frente a un comportamiento tan desilusionante por parte de quien había despertado tantas esperanzas en el momento de su elección, tal vez la explicación esté en el hombre Pacelli, en su psicología que era, por una parte la de un burócrata y por otra, la de un hombre de fe más natural que sobrenatural.
Por cierto, un juicio objetivo sobre Pío XII es difícil. En general, debe reconocerse que su pensamiento fue más abierto, constructivo y previsor que sus decisiones concretas pues su política fue esencialmente negativa. Al comprometer su influencia de árbitro entre los dos bloques, con un incauto alineamiento junto a uno de ellos, y sorprendido por la aparición inesperada y tenazmente negada del Tercer Mundo, Pío XII trató de sustituir la acción por el magisterio. Pero, aun multiplicando los mensajes, patético cruzado sin cruzada, no logró nunca encontrar el mensaje. Para la política le faltaba el realismo necesario y para el magisterio carecía de verdadero espíritu profético y de fuerza sintética. Colocado sobre las orillas del Mar Rojo, no tanto a causa de la guerra sino por la nueva etapa histórica del mundo alzó repetidas veces la vara, pero las aguas no se dividieron. Esperaban al papa de "transición" y sólo a él obedecieron.
Eugenio Pacelli había nacido en Roma el 2 de marzo de 1876.

Fascículos correspondientes al período El Mundo contemporáneo, ya publicados

(*) Volumen 1
(**) Volumen 2

2. **Churchill**/E. Ragionieri (*)
5. **Einstein**/L. Castellani y L. Gigante (*)
6. **Lenin**/Ch. Hill (*)
9. **Gandhi**/G. Borsa (*)
11. **Hitler**/J. C. Favez (*)
14. **García Lorca**/R. Alberdi (*)
18. **Stalin**/I. Deutscher (*)
23. **Picasso**/M. de Micheli (*)
28. **Roosevelt**/A. M. Schlesinger (h.) (**)
33. **Mussolini**/R. Zangrandi (**)
35. **Pío XII**/C. Falconi (**)

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S. p. A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Michele Pacifico, Mirella Brini.
35. Pío XII - El mundo contemporáneo

Este es el tercer fascículo del tomo El mundo contemporáneo (Vol. 2).
La lámina de tapa pertenece a la sección El mundo contemporáneo (Vol. 2), del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 35:
Pontificia fotográfica Felici: p. 58 (1); p. 59 (3); p. 63 (1, 2, 3); p. 64 (1); p. 65 (2, 3); p. 66 (1, 2, 3); p. 68 (1); p. 75 (4, 5, 6, 7); p. 77 (3, 4); p. 79 (1); p. 80 (1, 2, 3, 4); p. 83 (1, 3); p. 84 (1).
Zennaro: p. 60 (2); p. 83 (4).
Ilustrazione Italiana (5-3-39): p. 60 (1).
Domenica del Corriere (20-12-53; 12-5-57; 4-12-55): p. 75 (1, 2, 3).
Life (27-10-58): p. 70 (1).
Agencia Keystone, París-Roma: p. 68 (2).

La redacción agradece a Carlo Falconi por el material ilustrativo proporcionado, al señor Lefevre, del Expresso, por su cortés colaboración y a la Muggia Filatelia de Milán que ha facilitado las estampillas reproducidas en la pág. 83.

Traducción de Cristina Iglesia.

Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires, en febrero de 1969.

132

Pio XII

Carlo Falconi

1876
2 de marzo. Nace en Roma.

1899
2 de abril. Es ordenado sacerdote.

1901
Ingresa a la Secretaría de Estado.

1904
Se lo asciende a "copista".

1911
Subsecretario de la S. Congregación para los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios.

1914
Es ascendido a Secretario y por lo tanto a jefe de la Sección de la Secretaría de Estado.

1917
20 de abril. Nuncio Apostólico en Munich de Baviera, bajo Luis II.

1917
13 de mayo. Se lo consagra obispo.

1925
18 de agosto. Se traslada de Munich a Berlín, como primer Nuncio de Alemania.

1929
16 de diciembre. Es consagrado cardenal.

1930
Febrero. Sucede al cardenal Pietro Gasparri como Secretario de Estado de Pío XI.

1934
Octubre. Viaja como legado pontificio a Buenos Aires.

1935
Abril. Legado pontificio en Lourdes.

1936
Octubre-noviembre. Pasa sus vacaciones en los Estados Unidos. Se encuentra con Roosevelt.

1937
Julio. Legado pontificio en Lisieux.

1938
Mayo. Viaja a Budapest como legado pontificio.

1939
2 al 12 de marzo. Es elegido y coronado Papa.

1946
20 de febrero. Tiene el primer Consistorio.

1949
1 de julio. Suscribe el decreto del Santo Oficio contra los comunistas.

1953
12 de enero. Segundo y último Consistorio.

1958
9 de octubre. Muere en Castelgandolfo.

Los Concordatos de Pío XII

Durante su nunciatura en Alemania:
1) Con Baviera: 29 de marzo 1924.
2) Con Prusia: 14 de abril de 1929.
Durante su Secretariado de Estado:
3) Con Baden: 12 de octubre de 1932.
4) Con Austria: 5 de junio de 1933.
5) Con el Reich alemán: 20 de julio de 1933.

Durante su pontificado:
6) Con Portugal: 7 de mayo de 1940.
7) Con España: 27 de agosto de 1953.
8) Con la República Dominicana: 16 de junio de 1954.
El único realizado con un Estado democrático (con Yugoslavia en 1935) fue firmado, pero no ratificado.

Principales Encíclicas de Pío XII

1930 (20 de octubre) *Summi Pontificatus*, programática sobre su pontificado.
1943 (29 de junio) *Mystici Corporis*, sobre la naturaleza de la Iglesia.
1943 (30 de setiembre) *Divino afflante Spiritu*, sobre los estudios bíblicos.
1947 (20 de noviembre) *Mediator Dei*, sobre la liturgia.
1950 (12 de agosto) *Humani generis*, sobre los errores contemporáneos.
1951 (11 de junio) *Evangelis praeconis*, sobre las misiones.
1957 (21 de abril) *Fidei donum*, también sobre las misiones, en particular, sobre las africanas.

Principales discursos y mensajes radiales de Pío XII

1941 (24 de diciembre). Sobre el nuevo orden internacional.
1942 (24 de diciembre). Sobre el orden interno de las naciones.
1944 (24 de diciembre). Sobre la democracia.
1946 (20 de febrero). Sobre la misión de la Iglesia en el mundo, en el Consistorio cardenalicio.
1948 (24 de diciembre). Sobre la paz.
1951 (29 de octubre). Discurso a las obstétricas sobre la abstinencia periódica, etc.
1952 (14 de setiembre). Sobre nuevas tentativas y métodos de curación.
1953 (24 de diciembre). Sobre el espíritu técnico.
1954 (24 de diciembre). Sobre la coexistencia.
1954 (10 de junio y 2 de noviembre). Discursos en el episcopado, sobre el magisterio y sobre la jurisdicción en la Iglesia.
1957 (23 de febrero). Sobre la eutanasia.

Principales reformas de Pío XII

Reformas estructurales:
Internacionalidad del Sacro Colegio.
Incremento de las conferencias episcopales nacionales y continentales.
Creación de órganos coordinadores entre las órdenes y las congregaciones religiosas.
Atenuaciones, por razones apostólicas, de la clausura femenina.
Organización internacional del apostolado de los laicos.

Reformas litúrgicas:
Introducción de las lenguas vivas en los ritos litúrgicos.
Reforma de los ritos de la Semana Santa.
Reforma de las normas para el ayuno eucarístico.
Misas vespertinas en los días festivos.

Reformas metodológicas y de vestimenta:
Reducción del fasto de los trajes cardenalicios.
Modificaciones a los trajes de las religiosas.
Aprobación de algunos métodos de apostolado, de catequización, etc.



1

Cuando, al alba del 10 de febrero de 1939, la radio y las ediciones extraordinarias de los diarios difundieron la noticia de la reciente muerte del papa Ratti, por primera vez en la historia de los tiempos modernos, casi nadie, y no sólo en los círculos más calificados de la Iglesia romana, tuvo dudas sobre quien sería su sucesor.
Todos señalaban con seguridad al hierático y austero cardenal que se había acercado primero con el macillo de plata a rozar la frente helada del pontífice muerto, para autenticar simbólicamente el traspaso y que luego le había quebrado el anillo piscatorio, asumiendo así, en calidad de camarlengo de la Santa Iglesia Romana, el *interim* del gobierno de la Curia y de la Ciudad del Vaticano.
Nautralmente, esto no sucedió porque los comunicados oficiales del Vaticano, más herméticos que nunca, se hubieran permitido hacer alusiones al respecto, sino porque era sabido que Pío XI lo había designado desde hacía tiempo, como el más digno y preparado para recoger su sucesión. Se entiende que no se trataba de una designación formal, antijurídica e inadmisible que hubiera provocado el efecto contrario sobre todo entre los miembros del Colegio Cardenalicio, celosos de su propia autonomía y de su propio e intachable derecho, sino de una insinuación paternal y discreta, que había terminado por prender en la mayoría de ellos.

En el último Consistorio para la proclamación de nuevos cardenales —el del 13 de diciembre de 1937— el viejo pontífice, con el rostro enflaquecido y la voz más débil que nunca, evocando las palabras evangélicas de Juan Bautista a sus discípulos, *Medius vestrum stat quem vos nescitis* ("está en medio de vosotros, pero vosotros no lo conocéis"), se había adelantado hasta casi pronunciar el nombre. Luego, poniendo fin a la larga pausa que había extendido el silencio en el aula, se reprochó a sí mismo con las palabras de Cristo a Pedro: *Quid a te? Tu me sequere . . .* ("¿Y a ti que te interesa . . . Piensa sólo en seguirme). Sin embargo, en privado, y no sólo con los más íntimos, hacía años que no mantenía el misterio de su deseo. En el otoño de 1936, mientras su delfín estaba recorriendo los Estados Unidos, dijo, en una de las audiencias regulares con el secretario para los asuntos eclesiásticos extraordinarios, monseñor Doménico Tardini: "Lo hago viajar para que conozca el mundo y para que el mundo lo conozca"; y, como de costumbre, después de una pausa, agregó en tono particularmente seguro: "Será un gran papa".

La experiencia diplomática

En efecto, Pío XI había comenzado a hacerlo viajar desde 1934, sin preocuparse en absoluto de que los motivos oficiales de sus viajes tuviesen algo que ver con su cargo de Secretario de Estado.

1. Eugenio Pacelli niño.

2. Pío XII orando. Sobre esta foto, el semanario francés "Express" comenta con San Agustín: "Dios escucha más un llanto que una apelación".

3. Benedicto XV consagra obispo a monseñor Pacelli.



1. Eugenio Pacelli, en Norteamérica, honrado por los altos representantes del gobierno.

1. El cardenal Pacelli en Budapest en 1938, Nuncio Apostólico. A la derecha Horty y a la izquierda el síndico de Budapest.



1

Ese año lo había nombrado legado pontificio al Congreso Eucarístico de Buenos Aires, y el año siguiente en Lourdes, para la clausura del Jubileo de la Redención. Exceptuando las vacaciones en los Estados Unidos del 36, también las siguientes legaciones papales que se le confiaron tenían que ver con acontecimientos puramente religiosos: la bendición y la inauguración de la Basílica de Santa Teresa del Niño Jesús en Lisieux, en julio de 1937 y el congreso eucarístico internacional de Budapest en el 38.

Sería superfluo decir que estos viajes constituían una novedad excepcional y audaz. No sólo después de la ocupación de Roma en 1870, sino desde los tiempos de Consalvi, no se había visto nunca a un Secretario de Estado dejar el Vaticano y cruzar los Alpes para llegar oficialmente a capitales extranjeras. De hecho, ningún prelado que hubiera ocupado ese cargo, había cruzado jamás el océano y por dos veces como lo hizo él, primero a América del Sur y luego a la del Norte.

De cualquier modo, el trasfondo político de esos viajes —sobre todo los últimos— termin por evidenciarse si bien no prevalentemente. Las seudos vacaciones del 36 habían abierto los ojos hasta a los más ingenuos. ¿Cómo podía ser casual, en efecto, que el Secretario de Estado del Vaticano partiese para los Estados Unidos justamente en el momento más ardoroso de la batalla pre-electoral de las elecciones presidenciales (el viaje se inició el 8 de octubre y se prolongó hasta el 10 de noviembre, es decir hasta una semana después de las elecciones) sobre todo sabiendo que las elecciones enfrentaban al presidente saliente Roosevelt con el candidato católico Hoover, fogosamente sostenido por el famoso "cura de la radio", el padre Coughlin? Es cierto que el cardenal había ocupado casi todo su tiempo visitando dos tercios de las circunscripciones eclesiásticas católicas del país y había evitado impedir el "fenómeno de la radio" y declinado una invitación a almorzar, que recibiera de la Casa Blanca antes de los escrutinios; pero era también evidente que el padre Coughlin había sido sintomáticamente obligado a moderarse después de un discurso particularmente violento (su obispo había debido pedir excusas al Presidente) y que, finalmente, había aceptado la hospitalidad de Roosevelt, si bien después de su reelección, es decir, cuando el encuentro ya no podía ser interpretado como una intromisión indebida.

En Francia, al año siguiente, el mismo gobierno juzgó, de modo inequívoco, el significado del viaje del legado pontificio. Se trataba de un gobierno de "Frente popular" apoyado por un partido comunista en rápido y seguro ascenso. En un momento dado, se había difundido la noticia de que



2

el papa en persona, notoriamente devoto de la "Pequeña Santa de las Rosas" se proponía trasladarse a Lisieux. La noticia parecía llegar al absurdo: sólo cuatro meses antes, en la encíclica *Divini Redemptoris,* sobre el comunismo ateo, Pío XI no sólo había condenado al comunismo sino también cualquier alianza de los católicos con el socialismo y resultaba ahora que reservaba su primer viaje fuera de Italia justamente a Francia. Una vez aclarada la seguridad de la fuente, León Blum no dudó en hacer saber al Vaticano que pondría a disposición del Pontífice el palacio de Versalles. Pero Pío XI se vio obligado a abandonar su sueño por las precarias condiciones de salud que le prohibían hasta el viaje en avión y la elección recayó, naturalmente, en su Secretario de Estado. En Francia, apenas conocida la noticia de la designación, el entusiasmo explotó sin ambages. Pacelli ya había conquistado las simpatías de los franceses en el 35, durante la misión a Lourdes. De ese viaje, además de los cordialísimos encuentros con las autoridades políticas que lo habían recibido, se recordaba sobre todo su grito contra "la superstición de la raza y de la sangre" como una valiente y clara admonición lanzada contra el eterno enemigo de la nación francesa.

Compromiso anti-totalitario

Dos años más tarde, el estado de las relaciones con la Alemania de Hitler era aún más tenso. El gobierno esperaba una posición más neta y vibrante por parte del enviado papal que la de *Mit brennender Sorge,* la reciente encíclica antinazista. Por lo tanto se reclutaron para su comitiva, como enviados especiales, a los más destacados escritores del país, Mauriac, Guayau, Gillet, Wladimir d'Omersson, Pichon, Bidault. La Agencia Havas, eligió a Maurice Schumann para seguir la misión pontificia; la radio y el cine fueron literalmente movilizados. Frente a tales preparativos, el Vaticano no supo rechazar una ampliación del programa que preveía varios días de estadía oficial, ya sea antes o después de los ritos de Lisieux, para permitir numerosos encuentros de carácter político en el Elíseo, en el Quai d'Orsay, etcétera. Parecía que se estaba preparando la segunda reconciliación de la Francia separatista con la Santa Sede. Y la expectativa, por lo que concernía al legado papal, se vio compensada. En Lisieux tuvo transparentes conceptos para cuanto sucedía del otro lado del Rin, para "todas las inicuas violencia" y para "todas las vilezas criminales" cometidas a causa de la "nueva idolatría de la raza" a la que aquellos "malos pastores" querían sacrificar una "noble nación". Luego, en Nôtre Dame, desde el púlpito de Lacordaire exaltó a "la hija primogénita de la Iglesia", reivindicando ante el mundo entero el significado y el prestigio de la histórica misión que le había asignado la providencia.

Sólo el estallido de la guerra revelaría los incalculables efectos de esta inaudita diplomacia viajera emprendida por Pío XI y llevada a cabo con creciente prestigio y habilidad por su Secretario de Estado. Importa poco si Roosevelt o los jefes del Frente Popular Francés y con ellos el mundo entero se ilusionaron pensando que la nueva posición de la Santa Sede, personificada de modo tan convincente por el Jefe de la Secretaría de Estado significaba, que la Iglesia, ni más ni menos, se alineaba del lado de las democracias. En efecto, el Vaticano no tenía otra intención que equilibrar las fuerzas enfrentadas para conjurar el conflicto armado y amenazar a las potencias totalitario-concordatarias a fin de que no pusieran en peligro la amistad y la confianza depositadas en ellas por la Iglesia. Esto es tan cierto, que, apenas vuelto a Roma, el cardenal Pacelli, hablando con el embajador del Reich ante la Santa Sede, negó perentoriamente que su viaje hubiese tenido algún objetivo político y en particular, antialemán.

Sin embargo, el equívoco ayudó a la Santa Sede y en particular al futuro papa, para proseguir, después del desencadenamiento de la guerra mundial, su acción de contención del conflicto. Con ese fin, le fue extremadamente grata la embajada —si bien

personal–, enviada por Roosevelt en la Navidad de 1939, en tanto se sintió muy amargado y desilusionado por la entrada en guerra de los Estados Unidos. En cuanto a la Argentina y al Brasil –en el 34 Pacelli había hecho, de regreso, una breve escala en Río de Janeiro– su prestigio personal logró con toda probabilidad, retardar también lo más posible, su estado de beligerancia. Con respecto a Hungría, finalmente, no hay duda de que la intromisión del papa ante el regente Horty, que en mayo de 1938 había hospedado en su residencia al legado papal, sirvió para salvar a una buena parte de los judíos húngaros ya lanzados al exterminio.

La consolidación de una candidatura

Pero, en la víspera y en ocasión del Cónclave de 1939, es decir, antes aún de que se desplegasen los efectos políticos de aquellos viajes continentales y transoceánicos, fueron los contactos establecidos con las máximas autoridades religiosas de los varios países visitados los que dieron resultados. En efecto, el Sacro Colegio cardenalicio, excepción hecha del cardenal libanés Tappouni, escogía sus miembros exclusivamente en el continente europeo y americano: precisamente, 57 eran europeos (de los cuales 35 italianos) y 6 de América. Naturalmente todos estos purpurados, aun teniendo en cuenta que las comunicaciones no estaban tan facilitadas como en la actualidad, habían tenido ocasión de encontrarse, por lo menos en una oportunidad, con el Secretario de Estado del Vaticano en el ejercicio de sus funciones. Pero es evidente que una visita programada, con horario rígido y sobre la base de un *cliché* preestablecido y constante, no ofrecía las condiciones más propicias para el establecimiento de contactos realmente humanos o que sólo superaran los de una ceremoniosa oficialidad. Otra cosa era el encuentro con un visitante, si bien ilustre pero siempre del mismo grado, en la casa propia, lejos de toda paralizante inhibición protocolar, especialmente cuando el huésped se presentaba casi libre de los compromisos de su cargo.

Y en efecto, el Pacelli que se reveló a las autoridades eclesiásticas de los países que visitó, fue un Pacelli en gran parte inédito e insospechado, o quizás mejor, completo, que unía a un conocimiento exhaustivo de los problemas internos de los distintos países y de las distintas iglesias, una contracción religiosa tan singular como atractiva; al habitual aislamiento aristocrático, la dulzura más condescendiente; al porte hierático, la afabilidad hacia los humildes; a la palabra elaborada y meditada del orador, la calculada y prudente, pero cálida, sencilla y familiar del conversador.

El rasgo que más sorprendía en él, por lo inusitado en un hombre de mundo –teniendo en cuenta además su predominante actividad diplomática–, era su comportamiento constantemente impregnado de religiosidad. Mirando las fotografías que lo muestran en grupo con otras autoridades civiles o eclesiásticas de la época, cualquiera lo reconocería aunque más no fuera por la actitud de las manos casi siempre unidas como si participase de una ceremonia litúrgica. En un escrito privado de un estrecho colaborador del obispo de Lourdes, dado a conocer sólo en 1963, se encuentra testimoniada excepcionalmente la impresión de ascetismo y austeridad dejada en todos los que pudieron acercársele durante su estadía del 35 en la ciudad pirenaica. No sólo el menú de sus almuerzos era siempre igual (y terminaba, invariablemente, con tres ciruelas cocidas) y él lo consumía generalmente solo, sino que pasaba las noches orando o estudiando, concediéndose el único reposo no en un lecho, sino tendiéndose sobre un sofá. Sin embargo, una tarde manifestó inesperadamente un deseo: visitar el valle de la Bigorre hasta St. Savin y su monumental iglesia-fortaleza: "Le prepararon una carroza con dos caballos y se envió a un sacerdote del santuario encargado de oficiarle de cicerone. Pero para su sorpresa, el cardenal, apenas habían abandonado el pueblo, en vez de contemplar el panorama abrió el breviario y se sumergió en la lectura. La oración duró como un hora.

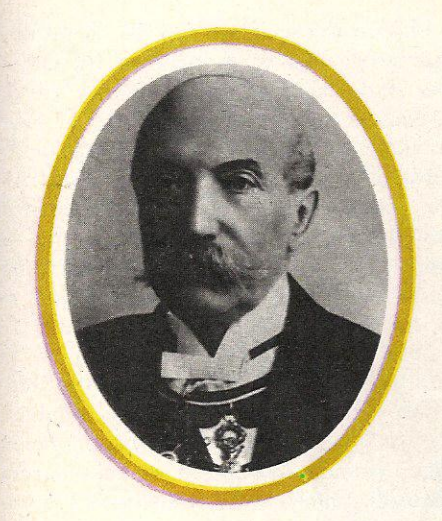
Cuando hubo terminado dijo: "Y ahora, monseñor, regresemos". La carroza giró y el cardenal Pacelli cerró los ojos y se sumió en la meditación. Cuando llegaron frente a su alojamiento, descendiendo de la carroza, se volvió hacia el sacerdote diciéndole "excúseme" y se retiró a la casa".

Con Pacelli en el extranjero, realmente se pasaba de sorpresa en sorpresa. Tanto más cuanto que el hombre penitente y absorto en la plegaria alternaba a veces, y casi siempre de improviso, con el hombre ávido de conocer y de acumular las experiencias más diversas. Quizás ningún biógrafo ha sabido describirlo más eficazmente que el anónimo redactor del "Osservatore Romano" que, con un estilo ingenuo y cortesano al mismo tiempo, dio este informe de su viaje a los "Estados Unidos: "Lo que se había previsto como un normal período de licencia, se transformó progresivamente en una viaje, cuyo ritmo cobró dimensiones realmente americanas en el mejor sentido de la palabra. En lugar del automóvil o del ferrocarril, hubo que recurrir al aeroplano para que el cardenal, quien ya en la época de la Nunciatura en Alemania había usado frecuentemente la aviación, pudiese, en un tiempo relativamente breve, recorrer grandes distancias –alrededor de 15.000 kilómetros en el territorio de los Estados Unidos–, desde el Atlántico al Pacífico. Como en un inmenso calidoscopio, pasaron ante su mirada las numerosas bellezas de aquel país con sus inacabables riquezas naturales: soberbias montañas, desiertos infinitos, inmensas extensiones de terrenos cultivados con los métodos más racionales, regiones petrolíferas y mineras, grandes bosques, semejantes a gigantes tumbados sobre el suelo, maravillosas costas marinas en el paraíso de California. Además, un intelecto tan versátil y abierto a todas las sanas conquistas de la ciencia y deseoso de estar continuamente al corriente de todos los desarrollos y de los perfeccionamientos de la técnica ha visto con sumo interés la visita a importantes centros industriales con sus imponentes oficinas, mientras que los altísimos edificios, los gigantescos puentes de líneas armoniosas, los grandes proyectos para la producción de energía de luz y de irrigación como el "Boulder Dam", han sido motivo de confirmación de una estima particular por el genio práctico y audaz del pueblo americano".

En Buenos Aires, durante el Congreso Eucarístico, se le esperó una tarde en vano en el Colón, donde se representaba la *Cecilia* de Refice. Y por cierto nadie sospechó que a esa misma hora, el Legado Pontificio estaba volando sobre la ciudad. Pero como el aparato (para pasajeros) lo había desilusionado y él deseaba probar el estremecimiento y la embriaguez de la velocidad, a la noche siguiente quiso volver a volar en un aparato militar y completamente solo con el piloto.

Justamente por eso, se puede decir que en el Cónclave de 1939, el hombre más conocido por todos sus colegas, y no sólo de mentas sino por conocimiento directo, era uno solo: el delfín del papa Ratti. Para convencerse de esto es preciso hacer unos pocos cálculos: en el Congreso Eucarístico de Buenos Aires los cardenales presentes eran cuatro (entre los que se encontraba el entonces único cardenal de América latina, el de Río); en Lourdes, tres (dos franceses y el primado belga; en los Estados Unidos, cuatro (todos locales); en Lisieux, cinco (cuatro franceses y uno estadounidense); en Budapest, seis entre alemanes, españoles e italianos, además, naturalmente de los primados húngaros. Y nada cambiaba el hecho de que algunos de ellos murieron antes del Cónclave: los obispos que rodearon a Pacelli en aquellas mismas ocasiones fueron centenares (300 sólo en Budapest). Además, no deben olvidarse las estrechas relaciones con los jefes de la Iglesia alemana en trece años de Nunciatura.

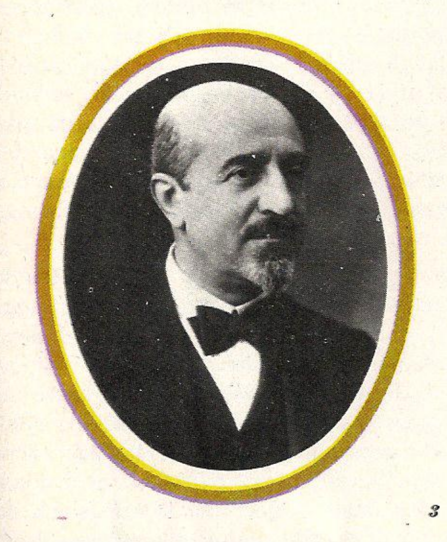
Y bien, un hecho similar no se verificaba desde 1878, es decir, desde los tiempos de la elección de León XIII, dado que el cardenal Pecci, arzobispo de Perugia, había tenido ocasión de hacerse conocer entre sus colegas durante los ocho meses que duró el Concilio Vaticano. Sus sucesores, es decir, Sarto, Giácomo della Chiesa y Ratti, salvo quizás, un poco menos el segundo, fueron por el contrario, ilustres desconocidos para la casi totalidad de los purpurados extranjeros.



1



2



3

1. *El padre de Eugenio Pacelli, Felipe, abogado consistorial.*

2. *La madre, Virginia Graziosi.*

3. *Francisco Pacelli, hermano de Eugenio y colaborador de Pío XI en la elaboración del tratado de Letrán.*

Un destino señalado

Sin embargo, el hecho de que el Secretario de Estado hubiese conquistado al mundo católico y a su episcopado no bastaba para garantizarle la mayoría en el Colegio Cardenalicio, donde el grupo determinante, aun en bancas del Cónclave, era el de los italianos. Sobre 35, 26 pertenecían a la Curia y esto podía constituir un ulterior obstáculo si es cierto aquello de que nadie es profeta en su tierra. De cualquier modo, dada la presencia de un cierto núcleo de romanos, y que el último papa hijo de la urbe había sido Inocencia XIII, que había reinado desde 1721 hasta 1724, es decir, más de dos siglos antes, el ser un "romano de Roma" podía significar un auspicio favorable. Por otra parte, si bien la familia Pacelli era romana desde hacía sólo tres generaciones y no era ciertamente una familia de almanaque de Ghota (Marcantonio, el abuelo del futuro papa, con el que habían comenzado sus fortunas, provenía de Acquapendente, en el Lacio y sólo en el 53 había obtenido un título nobiliario por haber acompañado a Pío IX en el exilio de Gaeta), su foja de servicios era más que ejemplar. Además de miembro de la comisión de depuración de los instigadores de la república en el 49, Marcantonio había sido, en efecto, miembro del ministerio del interior y había cooperado en la fundación del *Osservatore Romano*; su hijo Ernesto había sido benemérito de las finanzas vaticanas sobre todo durante el tiempo de la guerra de Libia, cuando se encontró dirigiendo el Banco de Roma y finalmente, el nieto Francisco, hermano de Eugenio, continuó la tradición forense del padre y del abuelo y elevó más aún el prestigio de los Pacelli colaborando con Pío IX en la elaboración del Concordato italiano.

En cuanto al *curriculum* personal del futuro papa, ninguno de los purpurados curiales próximos a encerrarse en la Sixtina, bajo la mirada del tempestuoso Cristo Juez de Miguel Ángel, podía presumir igualarlo.

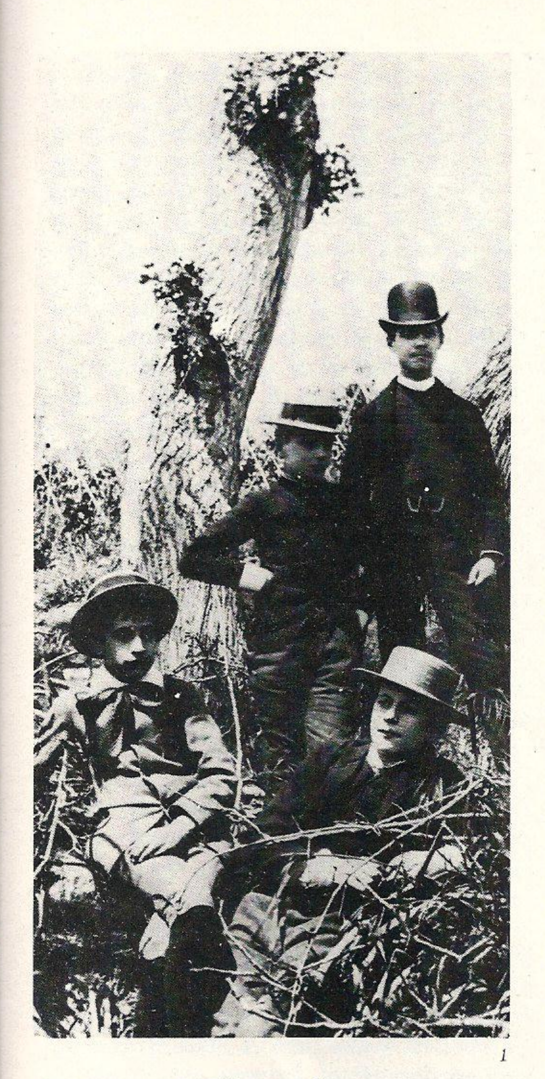
En 1901 había entrado en la Secretaría de Estado como aprendiz —es decir en el último escalón— y la había dejado dieciséis años más tarde para ir a ocupar la Nunciatura de Munich en Baviera. Había recorrido así todas las etapas hasta ocupar el cargo de la primera sección en calidad de subsecretario de la Sagrada Congregación para los asuntos eclesiásticos extraordinarios. Pero los cargos ocupados no expresaban por sí solos los encargos de confianza ejecutados: desde la redacción del libro blanco sobre los hechos que habían llevado a Francia a la ruptura con la Santa Sede, la colaboración con Gasparri en la codificación del Código de Derecho Canónigo, a la misión ante el emperador de Austria en enero de 1915. Por otra parte, su nombramiento en Munich, aun teniendo un claro significado, ya que no existía en aquel momento en Europa, ni fuera de ella, nunciatura más importante, no era tampoco un fin en sí mismo sino que iniciaba el famoso paso que Benedicto XV se aprestaba a dar hacia el Kaiser y que el joven nuncio ejecutó reuniéndose con Guillermo II en Kreuznach, en su cuartel general, el 29 de junio de 1917. Ningún otro nuncio como él podía contar en su activo con dos concordatos: el de Baviera, en 1924 y el de Prusia en 1929; el primero de los cuales fue considerado un prototipo ideal para convenciones de ese tipo. Maglione, Marmaggi, Pellegrinetti, Pizzardo, Todeschini, como también Famasoni-Biondi, y Massini para otros sectores de la curia, eran sin duda, personalmente importantes y ciertamente dignos de ceñir la tiara, si no hubiese sido por la presencia fuera de lo común de Pacelli.

Siempre había sido su destino hacer aparecer más modestas las dimensiones de los más notables apenas se ponían bajo su sombra. No bien ubicado en la Secretaría de Estado, todos sus colegas comprendieron que era el predestinado: que su paso calmo y seguro lo llevaría lejos, que no iría nunca detrás de nadie, y que no se detendría hasta el vértice. Así lo decían su preparación intelectual, su laboriosidad metódica y tenaz, su puntillosa precisión y su exactitud, pero, sobre todo, la gravedad y más aún, su reserva, cortés e inexorable que lo aislaba casi magicamente en una soledad inviolable.

Se ha conservado una fotografía suya, todavía niño, en la que se lo ve entre otros compañeros durante el descanso de un paseo, a los pies del padre Lais, un científico jesuita: su mirada, ya severa y profunda, muestra sobre todo su separación de cuanto lo circunda, pero también lo muestra conciente y dueño de sí. Naturalmente, fue especialmente en su edad adulta cuando mostró una insuperable habilidad para no hacer pesar su superioridad y su conciencia de no tener igual, pero, al mismo tiempo, de no hacerla olvidar. La habilidad de tener relaciones cordiales con todos, pero sin intimar con ninguno; de estar más con los superiores que con sus iguales o sus subalternos, pero sin demostrar en lo más mínimo falta de condecendencia para con estos últimos.

El secreto de esta habilidad no residía en un orgullo frío y presuntuoso sino al contrario, en una timidez oscurísima. Era esto lo que más contribuía a su éxito. En efecto, un carácter imperioso y prepotente habría sufrido roces y hostilidades, terminando por rodearse de adversarios: por el contrario, el temperamento tímido, lo ayudaba a ignorar y a olvidar, no sólo a evitar reacciones. Así, si tuvo enemigos, los tuvo muy pocos y aun esos pocos sin la satisfacción de poder declararse como tales.

Por otra parte, una vez que llegó a la Secretaría de Estado pudo permitirse cierto deshielo, dado que ahora cualquier amistad, además de no poder perjudicarlo debilitando su rigidez de acero, podía hasta con-



1. *Eugenio Pacelli con algunos compañeros, durante una gira.*

2. *El cardenal Pacelli, Secretario de Estado, acompaña al príncipe Humberto en su visita al Vaticano. A la izquierda de Humberto, en segundo plano, se reconoce a monseñor Montini.*

3. *1939: el nuevo papa, hablando con los cardenales. Se reconoce al cardenal Pizzardo.*

venirle. Un aspirante al papado no es un aspirante a la Academia de Francia obligado a la humillación mordaz de las visitas de conveniencia a sus electores. No debe humillarse sino que debe asegurarse el gobierno dividiendo cautamente honores y poderes. En realidad los pocos, pero seguros amigos de Pacelli se revelaron bien pronto como sus herederos. Los años de la guerra impidieron verificar esto durante cierto tiempo, pero restaurada la paz se comprendió en seguida el significado de ciertos nombramientos que habían parecido sorprendentes e intempestivos cuando fueron anunciados a tambor batiente por el neo-pontífice, a las pocas semanas de su elección. Canali, Pizzardo y Piazza, se revelaron los hombres del Triunvirato de los grandes electores curiales de Pacelli, que en poco tiempo constituiría el famoso Pentágono vaticano.

Esta indiscreción anticipada no significó, naturalmente, que en la Curia, ya antes de la muerte de Pío XI, todos los posibles candidatos hubieran renunciado a la propia candidatura para aumentar las *chances* de Pacelli. Lo que sucedió es que estas *chances* crecieron día a día, inexorablemente, más por la fuerza de los hechos que por la voluntad de los hombres. Las causas que concentraron cada vez más fijamente la atención de todos sobre aquel que reunía en sí el más brillante pasado junto a una mágica habilidad diplomática, fueron fundamentalmente sobre todo dos: el comportamiento cada vez más irritante y provocador de los países del Eje hacia la Iglesia y el creciente deterioro de las relaciones internacionales que preludiaban una guerra que cada día se hacía más inminente.

¿Político o religioso?

Pero, ¿era realmente un papa diplomático lo que la Iglesia necesitaba en situaciones como aquella? En el momento de la reunión de un cónclave, la pregunta habitual es: ¿saldrá de aquí un papa político o un papa religioso? Por más que se disienta o se critique una distinción de este tipo, no se puede dejar de admitir que, en el fondo se trata de un interrogante inevitable ya que es la Iglesia Católica la que debe imponerlo en su doble aspecto de Iglesia y de Estado, de potencia espiritual y de potencia temporal.

Y si bien es cierto que hay papas que se ven obligados por los acontecimientos a hacer política contra su inclinación y contra los presagios que lo han acompañado al trono, es también indiscutible que hay otros que, por inclinación personal, transforman toda acción en política, a menudo hasta las más ajenas a ella. Lo que habitualmente se olvida es que todos los papas obedecen ya exclusivamente, a la razón de estado de la Iglesia y no a un estéril o gratuito juego de alianzas, consecuencia de la avidez de querer inmiscuirse indebidamente en cuestiones decididamente profanas.

En el caso del cónclave del 39, el interrogante se planteó sobre todo en los cardenales inmediatamente responsables de la elección. Y por la respuesta que la elección dio, no cabe duda de que la mayoría se decidió por un papa político. Esta mayoría fue tan fuerte que terminó, sumaria e instantáneamnte, con la tradición que se oponía a la elección de un Secretario de Estado. Por otra parte, esta elección se veía confortada por el ejemplo del cónclave de 1914 como, además, por el fin de la política de neutralidad del papa de la Iglesia después de la primera guerra mundial. Pero, ¿se planteó realmente una oposición similar, cuando justamente la candidatura de Pacelli quitaba toda dramaticidad o importancia al dilema: papa político o religioso? Todo hace parecer que no. En efecto, ¿quién podía decir que la piedad y la intensa concentración en los asuntos de Dios fuese inferior en un hombre como él a la decisión y a la preparación que demostraba para los asuntos diplomáticos de la Iglesia? Lo que se ha dicho de Pacelli como legado Pontificio, justamente por su carácter excepcional, podría plantear la duda de que su vida curial tuviese un estilo menos sostenido y extraordinario. Sin embargo no era así. En un libro extremadamente polémico contra el comportamiento de Pío XII durante la guerra, el jefe del modernismo italiano, sacerdote interdicto y excomulgado, no escatimó elogios a sus virtudes personales: "Toda su carrera —escribe por ejemplo— está marcada por un rígido sentido de piedad ascética y de ejemplaridad moral. Bella figura de sacerdote, imbuido de su misión y de la santidad de su mandato, Eugenio Pacelli no puede sino despertar la sencilla y consciente admiración por su digna figura moral; por su vehemente compostura de alto prelado."

En los arduos encuentros preparatorios del cónclave, llevados a cabo entre varios grupos de purpurados en los días del novenario, las indiscreciones sobre la religiosidad de Pacelli debieron llegar hasta los detalles más inéditos. Sobre todo se debió hacer notar que, apenas consagrado sacerdote, Pacelli quería dedicarse al cuidado de las almas y que sólo la insistencia del cardenal Serafín Vannutelli, amigo de la familia, lo había persuadido a entrar en la Secretaría de Estado. Por otra parte, se podía probar que la política ejercía sobre él una atracción relativa por el hecho de que habiéndosele ofrecido una cátedra de derecho canónigo en la Universidad de Washington, sólo la oposición del cardenal Gasparri había logrado mantenerlo en su puesto. En cuanto a su celo sacerdotal lo atestiguaban las demostraciones ofrecidas durante la nunciatura en Alemania y su actividad de orador sacro durante el secretariado de Estado. En una Roma en la que todos los cardenales parecían mudos, con la sola excepción de Salotti (que por

otra parte desahogaba, gesticulando generosamente, sus vigores tribunicios), Pacelli había dado el ejemplo de una facundia un poco retórica y manualística pero en todo caso digna y aristocráticamente inspirada. De este modo, la batalla que se preveía entre la mayoría de los cardenales curiales y extranjeros, favorables a Pacelli, y la minoría de los residentes italianos y de otros aislados, decididos a evitar la politización del nuevo pontificado mediante la candidatura del ascético arzobispo de Florencia, Elia Dalla Costa, un verdadero profeta en el desierto, debía esfumarse antes de ser planteada. Esto no fue lo único que se evitó: también los sostenedores de un papa filototalitario (en su mayoría curiales) no se enfrentaron con los partidarios de un papa filodemocrático. En efecto, estos últimos al apoyar a Pacelli creían apoyar al hombre que, si no había causado el vuelco de los últimos tiempos del reino de Pío XI, lo había, sin embargo, secundado y favorecido con auténtica convicción. Lo cual era cierto como también que Pacelli no era tendencialmente filototalitario, así como tampoco era filodemocrático, y que su único interés tendía hacia la potencia de la Iglesia romana. Por otra parte, a los curiales les bastaba contar con su debilidad por Alemania, que lo comprometía a no disociarla del régimen que decidía su destino y por lo tanto a no oponerse a la política del Eje.

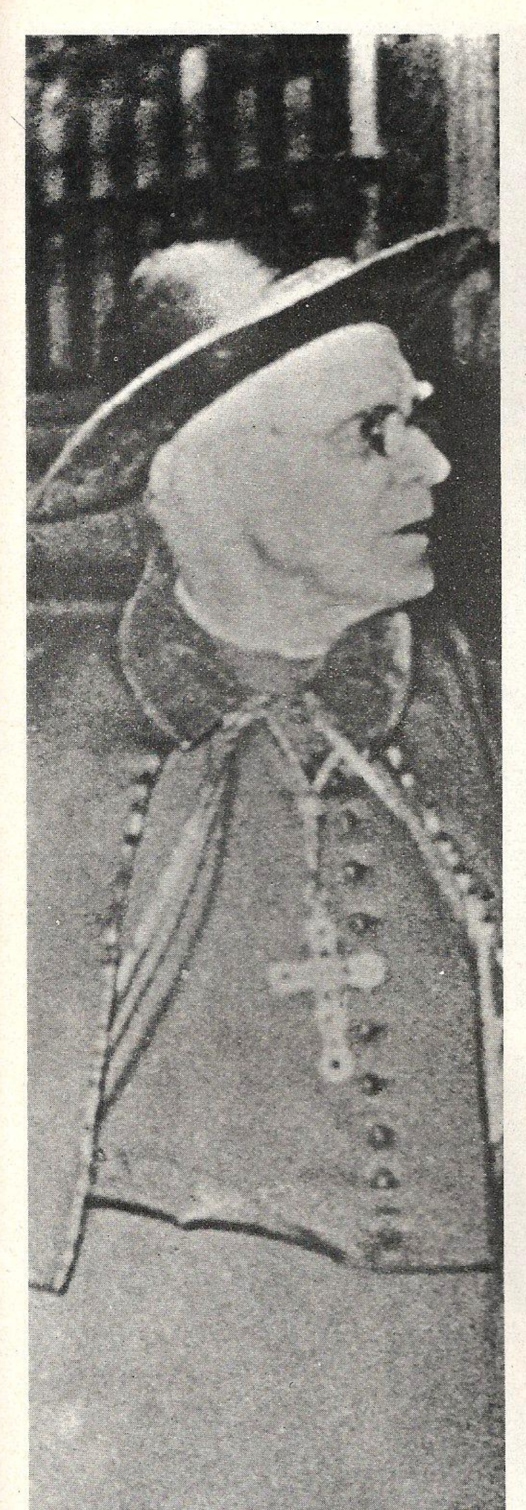
Así fue como el cónclave, después de un solo día, se encontró terminado y disuelto. Había entrado en clausura la noche del 1º de marzo y había iniciado los escrutinios en la mañana del 2, y a las 17,25 del mismo día, el humo blanco que anunciaba un nuevo papa anunciaba al mismo tiempo que no podía tratarse de otro que de Eugenio Pacelli. La confirmación fue dada, después de más o menos una hora, a las 18,7; desde el balcón de San Pedro por el cardenal protodiácono Camilo Caccia Dominioni; y pocos minutos más tarde el nuevo papa, que se había hecho anunciar como Pío XII, apareció, alto y solemne, para la primera bendición *Urbi et orbi.* El día 12, las trompetas de plata presentaron por primera vez al mundo en la basílica vaticana al sucesor de San Pedro, solemne entre los abanicos sobre la silla gestatoria, con un hieratismo y una solemnidad a los que parecía habituado desde siempre.

Un hombre solo

Bajo la mitra y las amplísimas vestiduras sacras, no emergían más que la cabeza y las manos, afiladas y larguísimas, de un nervioso aristocratismo. Mirando de perfil o de frente aquel rostro largo y exangüe —cavado en las ojeras, prominente en la nariz acentuadamente aquilina, cortado por el largo pliegue de la boca y todo un conjunto de arrugas y sombras donde no había relieve anguloso de huesos, con aquellos











1

3

1. Elías Della Costa en los días de la elección de Pío XII.

2. Meditación en Castelgandolfo en los tiempos de la visión de la Señora de Fátima.

3. Un palco de las autoridades en San Pedro. Los príncipes Humberto y María José esperan el ingreso de Pío XII.

ojos agudos pero siempre un poco atónitos— no podía encontrárselo bello. Sin embargo, emanaba tal intensidad de arcana y suprema concentración, que no se podía resistir a su sugestión, especialmente cuando se elevaba sobre la delgada y alta figura y se expandía en el gesto de los brazos abiertos en forma de cruz. "Parece un personaje del Greco —ha dicho de él un escritor francés—, es el alargamiento externo del cuerpo delgado y casi translúcido, como si no hubiese sido hecho más que para servir de refugio a un alma: es el afinamiento del rostro al modo de Pascal y del gran Condé, es sobre todo la vida espiritual encerrada en aquella mirada extraordinaria, casi sobrenatural, desgraciadamente velada a medias por el vidrio de los lentes."

Entre todas las figuras de los grandes protagonistas políticos y militares de su tiempo, la suya de profeta amargo y de soberano conciente, que se encontraba en los periódicos y en las telefotos, sería la más familiar para sus contemporáneos durante todo un veintenio: pero aquella primera incisión en la memoria fue ya definitiva.

En la basílica, sobre la derecha de la confesión de San Pedro, donde el cortejo papal estaba por llegar, las tribunas de los soberanos y de los diplomáticos (36 misiones especiales entre las que se encontraba el embajador extraordinario de los Estados Unidos) se habían reunido como nunca lo habían hecho para una coronación precedente. La multitud romana, habituada a reconocerlos con facilidad, comentaba los nombres: el de la reina Elizabeth de Bélgica, el del rey Alfonso XIII y la reina de España, el del rey Fernando de Bulgaria al de Humberto José, príncipes de Piamonte, del duque de Norfolk, del conde Ciano, del príncipe Carlos, conde de Flandes, De Valera, primer ministro de la república de Irlanda, los príncipes de Liechtenstein y de Luxemburgo, etcétera.

Sin embargo, en aquel momento, muy pocos presentían que las máquinas fotográficas y cinematográficas que trataban de obtener aquel sector de las tribunas, estaban captando las últimas instantáneas de un mundo condenado a una dramática revuelta y, sobre todo, que había un innegable valor simbólico en el hecho de que tal reunión de potentados se llevase a cabo en torno a un hombre cuya palabra o cuyo silencio, en los trágicos años siguientes, detendrían la respiración de gran parte de la humanidad.

De los "grandes" presentes y representados, sólo una minoría creía que la realidad religiosa representada por aquel hombre constituían realmente uno de los polos de la historia de los pueblos; en su mayor parte, pensaban con escepticismo en la oportunidad de explotar la sugestión del misterio del que el papa era un captador y hasta alguno se permitía ironizar sobre la puesta en escena a la que se veía obligado a asistir, convencido de que, en algunos años, el mundo se liberaría de aquelos sortilegios anacrónicos.

Así, entre la miopía de los suyos, que lo habían elevado al altísimo cargo, el nuevo papa estaba real y dramáticamente solo. Solo en el conocimiento del secreto de su misión verdadera y solo para soportar su peso. Solo frente a los hombres de la Iglesia que no le pedían otra cosa sino que llevara intacta, más allá del mar Rojo de la temida guerra mundial, la herencia de sus predecesores, y solo frente a los hombres de Estado que, con las lisonjas más diversas, le pedían que abrazara la causa de cada uno de ellos, sin cuidarse de reservarle el papel de excepcional árbitro moral que constituye la verdadera fuerza de toda auténtica potencia religiosa en el mundo.

Un balance desilusionante

Diecinueve años y medio después, al término de su pontificado, que había durado desde el 2 de marzo de 1939 hasta el 9 de octubre de 1958, alguien propuso precipitadamente que se agregase al nombre pontificio de Pacelli el título, que no se concedía a ningún papa desde hacía un mileno, de "Grande". Celosa pero ingenua tentativa de reaccionar con una contrapropaganda en frío contra el sentido de trágica destrucción que se había difundido por doquier, pero sobre todo en Roma, ante el anuncio del imprevisto agravamiento y que luego la muerte no había hecho sino empeorar y generalizar cada vez más.

En efecto, todo en aquella su rápida y silenciosa desaparición, había asumido el significado de un símbolo. Sobre el trasfondo, y en sordina, se percibía el eco todavía no apagado de los últimos escándalos de las capas subalternas del gobierno vaticano —para los cuales se daban los nombres de sus mismos sobrinos— y de una de las obras más desagradablemente invasoras y publicitarias de su pontificado, la POA. Con relieve más dramático, los detalles y las circunstancias de la misma muerte. Ante todo, el hecho de que haya sucedido lejos, si bien a pocos kilómetros de su ciudad natal, lugar de sus demasiado fáciles triunfos, como si se hubiera debido a la orden de un poder extraño y vengador y la muerte lo alcanzase acampado delante de sus muros, como un rey depuesto. Después, su consumirse en la más completa inconciencia: el papa de Pentecostés, el pontífice de las multitudes y de las asambleas, de los miles y miles de discursos, incapaz de pronunciar desde su lecho de muerte una sola palabra o una sola frase para transmitir a su pontificado o sobre el próximo juicio de Dios, constituía la más increíble e inaceptable de las paradojas, el signo más inquietante de una misteriosa intervención desde lo alto. ¿Para acusar o para restablecer el equilibrio? En fin, cada vez más apremiantes, las vigilias de los hombres de la prensa y de los reporteros gráficos, frente a a villa en la noche de la agonía, el hurgar indiscreto de los aparatos de televisión en su cámara mortuoria, las especulaciones vulgares del médico de la corte con los detalles del fin, las humilaciones infligidas al cadáver en San Pedro para practicarle los nuevos métodos embalsamatorios y el elevarse, cada vez más audaz, de las críticas en las páginas de los diarios.

En seguida, el impacto se aplacó, pero sólo para ser reabsorbido por la emoción causada por la revelación de su sucesor. Y luego, casi coincidiendo con la muerte de este último, una nueva oleada de resentimientos se abatió contra Pacelli a quien ya no se acusaba por su política de postguerra que, detrás de su exaltación personal, había ocultado la impresionante bancarrota de la Iglesia católica, sino por su conducta ambigua y reticente durante los años del conflicto.

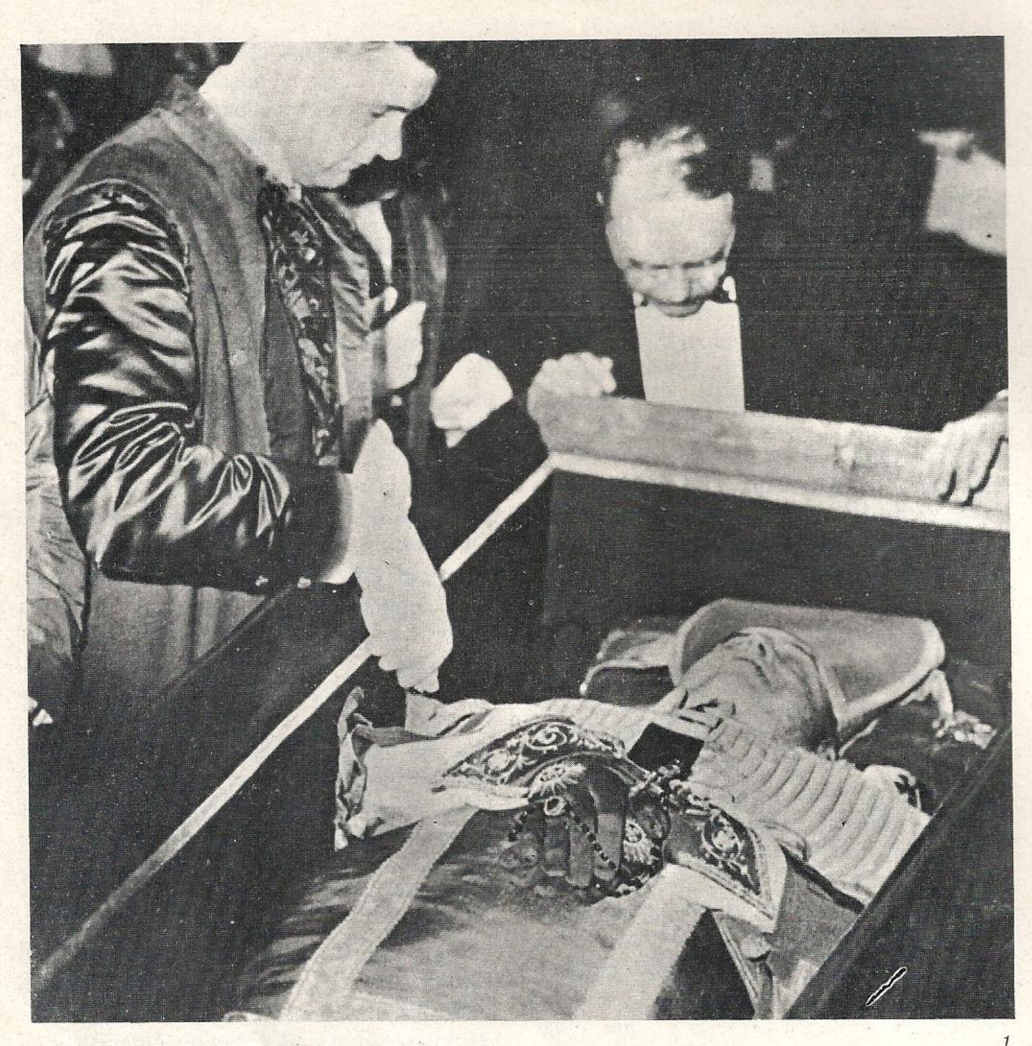
La chispa se había encendido por la puesta en escena de una discutida obra de teatro, que se había revelado muy eficaz para plantear el problema de la responsabilidad del silencio del papa frente a los delitos extrabélicos cometidos por los nazis y sus aliados y la chispa había provocado rápidamente el már grande e imprevisible incendio.

Y bien, tanto en el primero como en el segundo caso, ¿se ha tratado solamente de reacciones irracionales y elementos polémicos interesados y hábilmente fomentados, o bien tenían ambas un fundamento más o menos justificado en la realidad? Es evidente que la única manera de responder a esta pregunta es recorriendo etapa por etapa, con la máxima objetividad posible, los veinte años de pontificado del papa Pacelli, dominado en el primer tercio por la guerra y en los otros dos por la crisis internacional que siguió al gran conflicto.

La Iglesia en la guerra

Pío XII debía su elección más que a otra cosa a la inminencia de la segunda guerra mundial. Su primera preocupación debía ser, por lo tanto, impedir la prueba de fuerza de las naciones rivales. ¿Hizo realmente todo lo que pudo para lograr este objetivo? He aquí la primera pregunta cuya respuesta no puede ser sino positiva. Es cierto que, ya sea durante el conflicto, ya después, no faltó quien afirmara lo contrario, es decir que, bajo la apariencia de medidas diplomáticas llevadas a cabo para enmascarar sus verdaderas intenciones, empujó de hecho a la guerra a las naciones del Eje en la esperanza de poder compartir con ellas, especialmente después de la aniquilación del comunismo, la hegemonía del mundo entero.

Pero una tesis tal no puede apoyarse en ningún documento y por otra parte sería muy ingenuo atribuir al papa Pacelli la quimérica esperanza de un dominio del



1

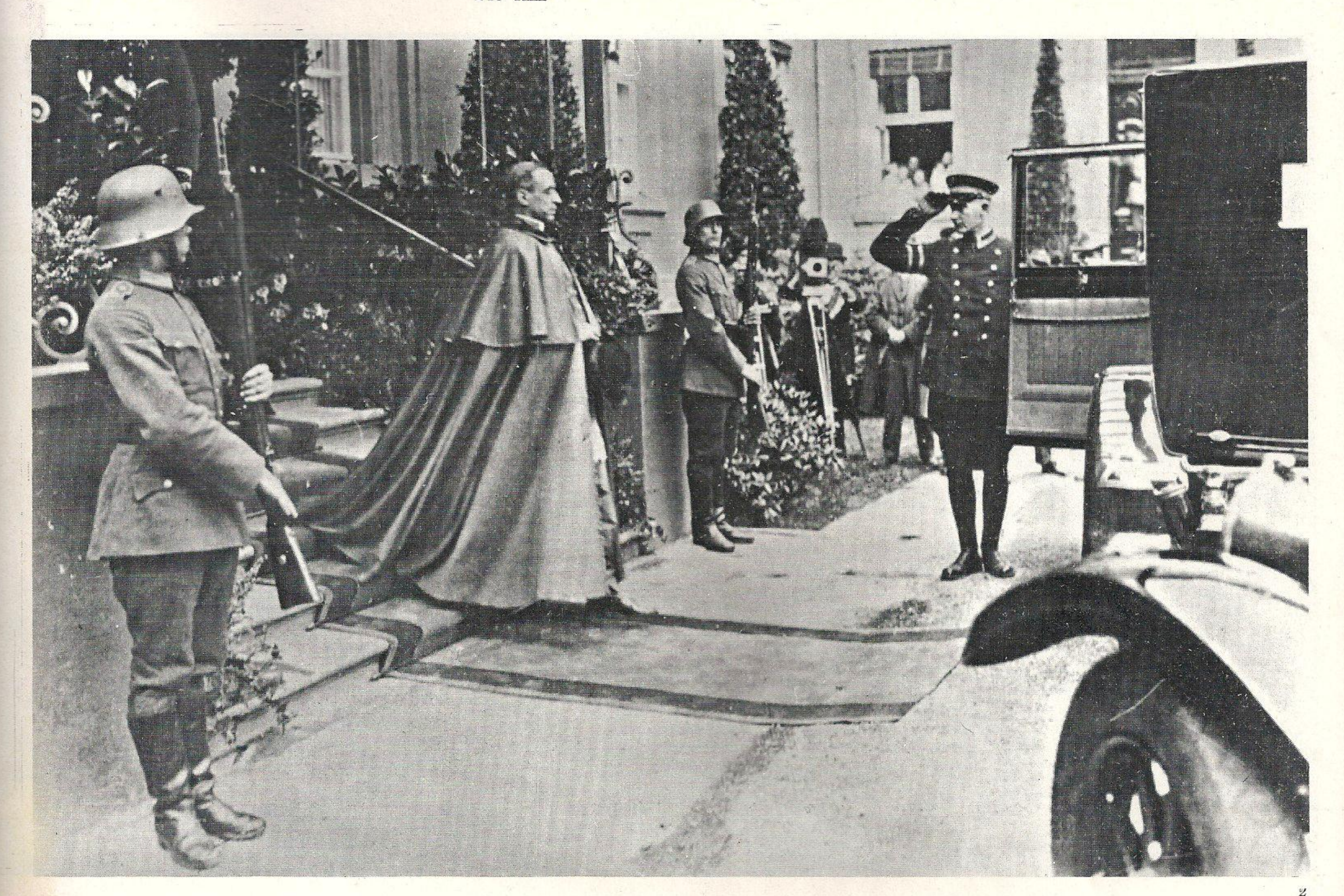
1. El profesor Galeazzi Lisi se inclina para controlar el trabajo de preparación del cadáver.

2. El nuncio, cardenal Pacelli, sale luego de haber presentado el mensaje de felicitaciones del Vaticano en el ochenta cumpleaños de Hindenburg.

mundo compartido entre la Iglesia Católica y las potencias del Eje. Lo cierto es lo contrario, es decir que no sólo los jefes nazis estaban decididos a "pedir cuentas a la Iglesia" cuando terminara la guerra, sino que Pío XII estaba perfectamente al tanto de estos planes de Hitler. En cuanto al anticomunismo del papa Pacelli fue más negativo que positivo durante este período ya que si bien deseaba ardientemente el éxito total de la campaña antisoviética, y para no comprometerla había hasta sacrificado a polacos, judíos, servios y prisioneros de todas las razas al exterminio de las SS, no se comprometió nunca a impulsarla o a sancionarla.

Otro equívoco que es necesario iluminar, se refiere al filogermanismo de Pío XII, a menudo confundido y hasta identificado con un pretendido filonazismo y filohitlerismo. No sólo la ideología nazi era la contradicción más violenta que se pudiese pensar —junto o luego del comunismo— del catolicismo, sino que su encarnación en el Tercer Reich constituía un desafío permanente y quizás decisivo para el futuro de la Iglesia y del Papado. Aun prescindiendo de su altísimo cargo, no había quizás ningún hombre en la curia que tuviera sentimientos tan romanos y católicos como el papa Pacelli y ninguno estaba tan dispuesto como él a sacrificarse para evitar una eventualidad semejante. Gran parte de su actividad como Secretario de Estado y por cierto la más preponderante como jefe de la Iglesia, en los primeros seis años de gobierno, estuvo absorbida por una resistencia opuesta al nazismo, violento y persecutorio como enemigo pero insidioso también como amigo. El ideal de la Alemania acariciado por el papa Pacelli no tenía nada que ver con el nazismo y con su führer: él la colocaba, sí, como la espina dorsal de Europa y, sobre todo, como baluarte de occidente contra la horda eslavo-bolchevique, pero en la perspectiva de un orden cristiano europeo para el cual Alemania habría debido colaborar, redimiéndose poco a poco, de la herencia de la Reforma protestante, es decir, reinsertándose en la antigua unidad católica del continente. No debe asombrar, por lo tanto, que Pío XII admitiese que Alemania podría convertirse en una gran potencia militar con fines defensivos y, antes aún, que debía reconquistar su integridad, injustamente violada, a su entender, por las decisiones de Versalles.

¿Peligrosa utopía? Muy probablemente. No se debe olvidar que Pío XII había tenido un largo trato con aquel país, que se había nutrido de la admiración tanto por las virtudes de un pueblo severo, honesto, trabajador y de alto nivel cultural cuanto por su Iglesia, vigorosamente estructurada y disciplinada pero al mismo tiempo estimulada por una conducción excepcional (pién-

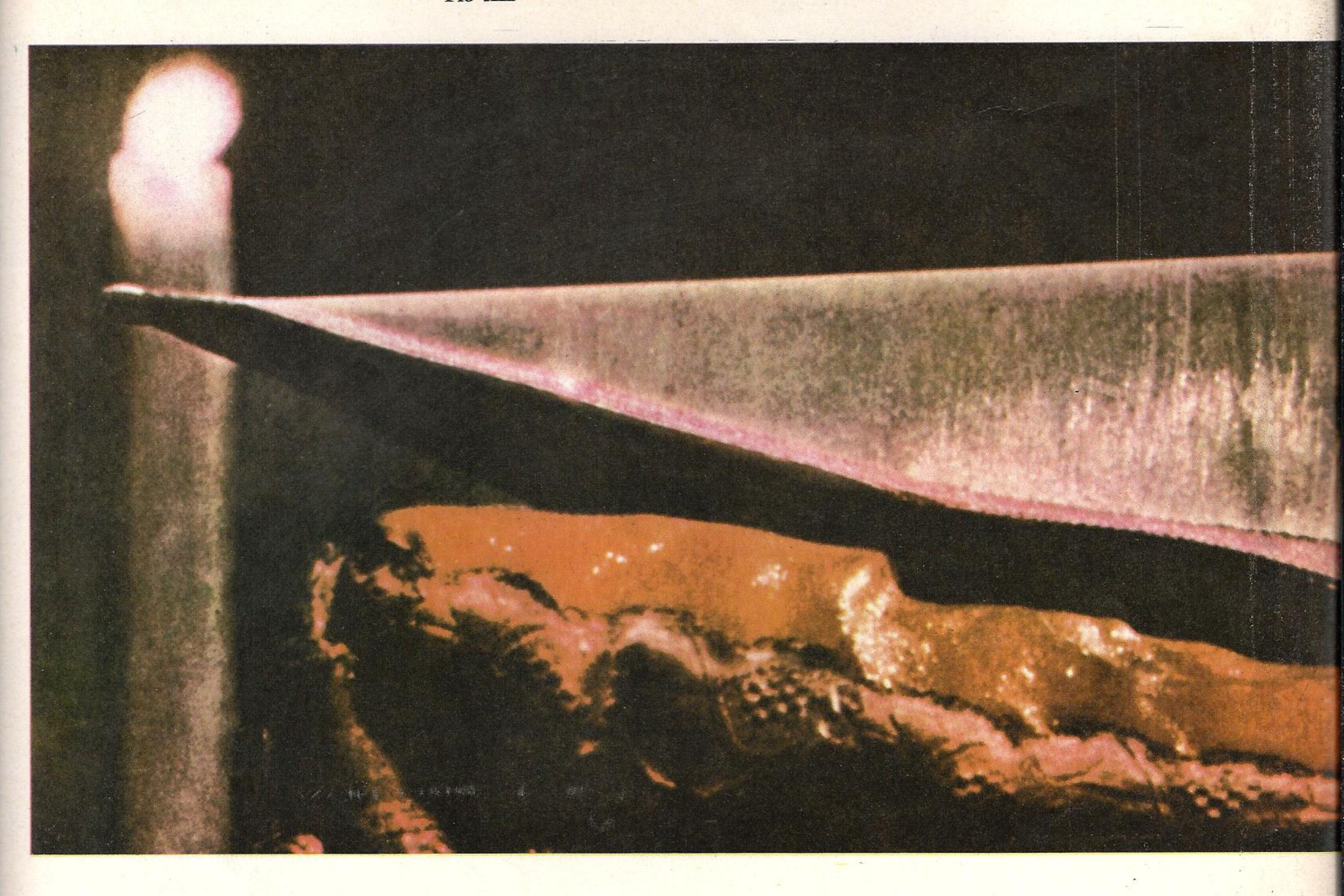


sese en nombres como los de Guardini, Adam, Herwegen, Scheler, Przywara, Haecker), pero que también se había solidificado a través de vínculos más humanos e íntimos contraídos con sus colaboradores y colaboradoras más inmediatos (los jesuitas Leiber, Grisar y Bea, monseñor Kaas, ex presidente del Zentrum, sor Lener etc.). Lo que importa es, de todos modos, que su ideal lo empujó inmediatamente a algunos comportamientos sobre los cuales sería injusto pronunciar un juicio demasiado sumario. En el caso de Polonia, por ejemplo, estaba persuadido de que la intransigencia de sus gobernantes sobre las cuestiones del corredor y de Danzig no era razonable y sobre todo que era irresponsable y criminal comprometer la paz del mundo por cuestiones de puro prestigio. Por eso se negó a condenar a Alemania como responsable de la guerra y lo hizo saber a los polacos además de decirlo explícitamente al mismo embajador alemán dos semanas antes de desencadenarse las hostilidades. Sin embargo, más tarde, este neto y conciente rechazo fue el origen de muchos otros rechazos mucho más problemáticos y mucho menos convincentes. Pero ya que la guerra estaba en curso y la intrincada madeja de las responsabilidades se embrollaba cada vez más, ¿qué fin podía tener y, sobre todo, qué consecuencia útil podía reportar una condena retardada? Es cierto que las reiteradas violaciones de la neutralidad de Noruega y de Dinamarca primero, después Bélgica, Holanda y Luxemburgo y más tarde Yugoeslavia, para no hablar de las más importantes en Italia, Rusia o a otros estados, planteaban nuevos problemas y no permitían tergiversaciones y subterfugios. En un solo caso, Pío XII trató de pronunciarse, al menos a medias, y fue a propósito de la invasión de los tres estados del futuro Benelux; con respecto al resto, exceptuando Finlandia, prefirió el silencio y la historia no lo ha olvidado. Pese a ello, es evidente que su obra de pacificador, lejos de terminar con la iniciación de las hostilidades, prosiguió e incluso aumentó después. Y quizás, justamente para favorecer el éxito de sus tentativas diplomáticas, se abstuvo de hacer condenas teológico-jurídicas que lo hubieran podido comprometer. Problablemente Pío XII no debió confiar tan ciegamente en la diplomacia sabiendo especialmente que debía tratar con quienes, como los jefes del Eje, la despreciaban violentamente. Pero, ¿cómo reprochar a un diplomático de profesión el tener confianza en la potencia de su propio arte?

"El silencio de Pío XII"

Donde ya no son más lícitas las dudas y el juicio se impone inexorablemente, es frente a los crímenes cometidos por los nazis y por sus aliados bajo el pretexto de la guerra, algunas veces en nombre de represalias, pero en la mayoría de los casos en nombre de absurdas teorías racistas y de proyectos imperialistas que suponían la aniquilación de pueblos enteros y su dispersión en los lugares más diversos. Monstruosidades como éstas engendran tal subversión de los criterios del bien y del mal y tal desafío a la dignidad de la persona humana y de toda la sociedad que, sobre todo, un jefe religioso no puede dejar de tomar posición contra ellas sin cumplir una verdadera traición a sus funciones y a su misión.

Hasta ahora se ha recriminado más que nada a Pío XII el silencio mantenido frente al exterminio sensacional (y en qué forma) de seis millones de judíos. Pero los nazis y sus aliados son culpables de otros crímenes más: del exterminio de casi la misma cantidad de polacos y particularmente de su *intellighenzia*, de la emigración forzada de decenas de millones de personas de una región a otra de Europa, de la eliminación de masas incalculables de prisioneros rusos, de la supresión de 500.000-700.000 servo-ortodoxos, de la de más de 200.000 zíngaros, de la esterilización de millares de personas juzgadas de raza impura por los más distintos motivos, de la eutanasia impuesta a por lo menos 200.000



El cuerpo embalsamado de Pío XII sobre el catafalco erigido en San Pedro.

enfermos irrecuperables solamente en Alemania, etcétera.

Los defensores oficiales de Pío XII han sostenido, en el curso de recientes polémicas, que el papa estaba vaga y en parte tendenciosamente informado de estas enormidades, y por lo general por los aliados, demasiado interesados en lograr a cualquier precio una solemne condena pontificia del nazismo. Luego, contradiciéndose parcialmente, dicen que eran las víctimas mismas quienes no querían que el papa interviniese, ya que ellas y sólo ellas deberían pagar las consecuencias de su bello gesto. Finalmente, enredándose cada vez más en las contradicciones, arguyen que el papa había dicho todo cuanto era prudente decir y condenado todo cuanto se debía condenar. Sin embargo estas afirmaciones no han resistido a las indagaciones documentales más desinteresadas. Durante un viaje a Polonia, el autor de estas páginas pudo tener acceso a un ingente material documental recogido durante la guerra por el Oficio de Informaciones de la *Armia Krajowa* y por la *Delegatura* (el ejército nacional clandestino y la Delegación, también clandestina, del gobierno polaco en el exilio con sede en Londres, respectivamente) referente, tanto a la persecución religiosa del país como a las violencias de todo tipo perpetradas por los alemanes contra los polacos en las regiones anexas al Reich como la Gobernación Ge-



neral. También pudo averiguar, del mismo dirigente de aquel Oficio, coronel Jan Rzepecki, que, a más tardar desde comienzos de 1942 en adelante, el Vaticano fue informado regularmente de estos sucesos a través de una cadena de correos (la llamada "vía de los obispos" o "del clero") que dependía del capellán jefe de la *Armia Krajowa.* Además, en numerosas cartas dirigidas al presidente del gobierno polaco en el exilio y al episcopado en el país, publicadas por el embajador polaco ante la Santa Sede en esa época, Casimiro Papée, Pío XII ha reconocido estar perfectamente al corriente de la situación; cosa que demostró también públicamente poco después de terminada la guerra, en el discurso del 2 de junio de 1945 citando datos concretos relativos a los sacerdotes polacos víctimas de algunos campos de concentración alemanes. Pío XII fue instado a intervenir continuamente, ya sea por el embajador Papée, huésped del Vaticano (quien, en algunos documentos recientemente revelados, se lamenta de la "condescendencia y de la debilidad" de la política vaticana hacia los alemanes, llegando a afirmar que el nudo de las cuestión es el "punto neurálgico de la psicología del papa") como por las autoridades polacas que permanecían en el país o las que residían en el extranjero. Pero, sin duda, la apelación más impresionante fue la elevada al pontífice por el presidente polaco el 2 de enero de 1943, es decir, sólo a diez días del mensaje de navidad, que contenía, sin embargo, la alusión más atrevida que se hubiera permitido el papa durante el conflicto con respecto a las naciones beligerantes. Los embajadores aliados habían comunicado directamente al papa su desilusión; el presidente Raczkiewicz fue más enérgico: ignoró el mensaje radial y escribió a Pío XII:

"En este trágico momento, mi pueblo lucha no sólo por su existencia sino también por todo lo que es sagrado para él. No quiere venganza sino justicia, no pide ayuda material o diplomática —porque sabe que tal ayuda no puede llegarle más que en grado mínimo— sino implora una voz que muestre clara y netamente el mal y que condene a aquellos que están a su servicio.

"Estoy convencido de que si se refuerza la convicción del pueblo de que la ley divina no conoce compromisos y que está por encima de las consideraciones humanas del momento, el pueblo polaco encontrará la fuerza necesaria para resistir . . .

"Hoy, cuando en la mayor parte de nuestro territorio no se puede predicar ni rezar en polaco, el silencio debe ser roto por la voz de la Sede Apostólica . . . "

Y he aquí uno entre tanto trozos de los artículos de la prensa polaca clandestina, aparecido algunos meses antes, en el *Glos Pracy* del 10 de julio de 1942:

"Oh supremo Pastor. Las naciones que se dicen cristianas asesinan a los cristianos indefensos que Cristo ha dicho amar. Vuestros predecesores lanzaban anatemas que vos desdeñáis . . . Pero, si los anatemas no tuvieran consecuencias, vos, Pastor, en señal de protesta, podríais abandonar vuestro noble castillo y todo el mundo se conmovería . . .

"Venid hacia nosotros a observar con vuestros propios ojos, porque es realmente difícil imaginar todos estos horrores hasta que no se los ha tocado con la mano. A vos, Pastor, la Gestapo no os hará nada. No seréis ni siquiera rozado por la mano sacrílega de un delincuente, porque estáis protegido por el anillo del Pescador y por vuestra poderosa autoridad. El Papa Gregorio VII venció al emperador Enrique IV con su sola autoridad . . . Y vos, Pastor, ¿debéis permanecer mudo y mirar con ojos impasibles los crímenes de este gran cataclismo histórico?

"Lanzad al menos el anatema sobre el Anticristo del siglo xx y adquiréis gran mérito a los ojos de la humanidad . . . "

En cuanto a Croacia, independizada después de la ocupación ítalo-alemana del 41, bajo el gobierno ustachi de Ante Pavelic y ortodoxos que vivían en el país, que se tornó más convincente luego de matanzas en masa y de ejecuciones de una barbarie tal que superaba a menudo a la de los nazis,



1

Zagrebiae, die 9 Decembris 1941.

Prot. 13?/41
Ecclesiae et bona
dissidentium qui convertuntur.

Excellentissime Domine.

Quaestioni a me propositae: utrum Episcopis catholicis recipere liceat Ecclesias et bona immobilia ecclesiastica dissidentium qui convertuntur, Em.mus Card, Secretarius Status haec die 21 Nov. h.a. respondit:

"Appena pervenutomi il pregiato Rapporto N.29/41 del 27 Sett. u.s. con il quale la P.V.Rev.ma chiedeva se il Vescovo cattolico possa accettare la offerta di chiese, case e benefici parrocchiali appartenuti agli scismatici e servirsene per la costituzione di, parrocchie cattoliche, non mancai di sottoporre il quesito alla competente Suprema S.C. del S.Uffizio.

Mi do ora premura di comunicare alla P.V. che gli Em.mi e Rev.mi Padri della medesima S.C. hanno formulato al riguardo per norma della stessa P.V. le seguenti istruzioni:

"Nei luoghi ove gli scismatici si convertono e nei quali esiste già una chiesa cattolica, non si prenda possesso della chiesa scismatica, ma i convertiti siano invitati a partecipare alle istruzioni religiose e alle funzioni in quella cattolica, ivi esistente.

"Ove però mancasse la chiesa cattolica e la totalità o quasi totalità degli scismatici si convertisse, potrà essere adibita per le istruzioni religiose e per il culto la chiesa scismatica ivi esistente, la quale dovrà prima essere benedetta con il rito più semplice, esclusa per ora, la solenne consacrazione.

"Se invece i convertiti fossero una minoranza, non conviene prendere in consegna la chiesa scismatica, ma si adatti per il momento un locale conveniente.-Non si erigano nuove parrocchie, ma i parroci delle circoscrizioni cattoliche, nel cui territorio avvengono le conversioni, siano autorizzati ad assistere ai matrimoni dei catecumeni stessi, specialmente nei casi urgenti, si regolino secondo le norme canoniche e morali, iuxta probatos auctores.-In quanto poi ai beni, non conviene accettarli, a meno che non consti della libertà e della sincerità dell'offerta da parte dei legittimi proprietari".

Dum Tuis orationibus me enixe commendo, humiliter me profiteor:
Tibi addictissimum in Domino

+ Dom. Ramirus Marcone
abb. Ord.

2

1. Junio de 1941. Campesinos servo-ortodoxos en la iglesia de Glins (en Croacia), antes de su masacre en la misma iglesia.

2. Carta del Legado papal en Zagreb, abad Marcone, al arzobispo Stepinac, sobre las decisiones del Santo Oficio con respecto a los bienes de los ortodoxos ofrecidos por el gobierno ustachi a la Iglesia.

3. 22 de julio. División de la policía ustachi en audiencia con el papa.

4. Artículo del Glos Pracy, *diario clandestino polaco, que critica la política de Pío XII hacia Polonia. Se titula: "La barca de Pedro sobre un mar en tempestad" y es del 10 de julio de 1942.*

5. Del informe del príncipe E. Lobkowicz, representante del gobierno ustachi ante la Santa Sede, al ministro de Asuntos Exteriores en Zagreb, 9 de febrero de 1943, sobre una audiencia con Pío XII.

donde se desencadenó una sangrienta campaña para que se rebautizaran los serviosh hasta llegar de 500 a 700.000 víctimas, los órganos del Vaticano no necesitaban recabar informaciones del encargado de negocios de la delegación yugoeslava, huésped también del Vaticano, porque existía en el lugar, precisamente en Zagreb, un legado pontificio, el abad benedictino del santuario de Montevergine, Ramiro Marcone.

Sin embargo, no se conocen hasta ahora sus informes. En compensación, han sido recuperados gran parte de los enviados a Roma por los representantes ustachis ante la Santa Sede (N. Rusinovic, febrero-junio de 1942, y E. Lobkowicz, octubre del 42 y julio del 43) al ministro del exterior de Zagreb. La importancia de estos informes radica en el hecho de que se refieren minuciosamente a los frecuentes encuentros de los dos embajadores *de facto* con los jefes de la Secretaría de Estado y con el mismo Pío XII, y, además, con otras grandes personalidades de la curia. Y bien, a excepción de Pío XII, todos mostraban estar al corriente de lo que sucedía en el pequeño Estado balcánico, pero, después de prudentes alusiones a las "calumnias difundidas por los enemigos" de Croacia, se mostraban más satisfechos que nunca con las respuestas cuidadosamente hilvanadas por sus interlocutores. El único que los acusó con vehemencia, en borrascosos encuentros, de las matanzas de ortodoxos, fue el cardenal Tisserant, quien el 27 de mayo de 1942 anunció sin rodeos la cifra de 350.000 víctimas. De Tisserant también es conocida una famosa carta enviada al cardenal Suhard, arzobispo de París, el 11 de mayo de 1940, luego de la declaración de guerra de Italia a su país, Francia. A pesar de su encendido y notorio patriotismo, en este escrito confidencial (confiscado por la Gestapo y descubierto recientemente por un estudioso alemán en los archivos de la cancillería del Reich, el cardenal Tisserant no gastaba inútiles lamentos por la traición de Italia: encarando la cuestión esencial desde el punto de vista de la religión, de la Iglesia y de la humanidad deploraba, más que el silencio político del papa, su silencio moral, y confiaba al amigo haber "pedido con insistencia al papa, desde comienzos de diciembre, que realice una encíclica sobre el deber individual de obedecer al imperativo de la conciencia, ya que éste es el punto más vital del cristianismo" y preveía con perfecta lucidez las reacciones de los historiadores futuros: "Temo que mañana la historia reproche a la Santa Sede el haber tenido una política cómoda, a su exclusiva ventaja y algo más. Y esto es extremadamente triste, sobre todo cuando se ha vivido bajo Pío XI."

En suma, como ha dicho el cardenal Döpfner, al conmemorar al papa Pacelli en la misma iglesia de Münich donde su predecesor Faulhaber había pronunciado los famosos discursos sobre las relaciones entre judaísmo y cristianismo: "el juicio retrospectivo de la historia, autoriza perfectamente la opinión de que Pío XII hubiera debido protestar más firmemente".

En la misma ocasión, casi inmediatamente después de las palabras arriba citadas, el cardenal agregaba: "en ningún caso, sin embargo, se tiene derecho a poner en duda la absoluta sinceridad de sus motivos y la autenticidad de sus profundas razones". Y no se puede más que corroborar esta apreciación tanto más cuando está fuera de duda que más de una vez el papa estuvo por "elevar" la voz y que el dilema de hablar fue el cilicio que lo acompañó desde el comienzo al fin de la guerra. Pero es un hecho que, frente a su terrible omisión, todo lo que él hizo por ayudar a los judíos, a los prófugos y a las poblaciones víctimas del terrorismo aéreo, corre el riesgo de asumir, injustamente, un equívoco matiz de coartada. Más aún si se tienen en cuenta las irritantes discriminaciones que a menudo hacía o permitía que se hicieran entre los que recibían su beneficencia, entre judíos bautizados o no, entre pueblos de ciudades italianas —y sobre todo Roma— y pueblos de ciudades extranjeras, etc. Y esto prescindiendo del hecho de que los fondos utilizados para sus beneficencias provenían de todas partes del mundo y muchas veces de instituciones u organizaciones inspiradas en otras creencias y en otras ideologías. Pero lo que importa —y que era justamente lo que le recordaba el presidente polaco— es que la caridad que se le pedía no era, fundamentalmente, la caridad física (la cual, aunque grande, constituía una gota de agua en el desierto que la guerra había dejado), sino la caridad de la verdad y la justicia proclamada frente a los verdugos que parecían casi omnipotentes.

La Iglesia entre dos bloques

Por más avaras y desilusionantes que fueran las palabras que provenían de Roma, la sed de consuelo, que en ciertas ocasiones parece poder ser brindado sobre todo, si no solamente por la fe, mantuvo orientadas hacia el Vaticano a multitudes incalculables. Por otra parte, en el hombre que representaba la personalidad religiosa más sugestiva del mundo, en su rostro macerado, en la figura que cada día se volvía más tenue y diáfana (se dice que dormía con la jerga sobre el piso, que limitaba al extremo su alimentación, que tenía las estufas apagadas; tanto que, al final de la guerra pesaba sólo 57 kilos y media 1,82 m de alto) en su inclinarse conmovido sobre las miserias que formaban una multitud alrededor suyo, en su hablar inspirado y triste, parecía esconder algún secreto misterio.

No debe sorprender, entonces, que el fenómeno continuara y hasta creciera después

de la guerra. La habilidad excepcional con que el pontífice diplomático había sabido pasar de la aparentemente ecuánime separación de ambas partes contendientes, a revelarse aliado secreto y para siempre, de la que había terminado por lograr la victoria, agigantó rápidamente la figura del jefe de la Iglesia Católica. Multitudes agradecidas o todavía expectantes rodeaban al Vaticano, mientras en las audiencias privadas o privilegiadas, los uniformes de los militares, poco a poco y cada vez con más frecuencia sustituidos por los políticos, prevalecían netamente sobre los uniformes eclesiásticos. Pronto se notó por una parte la preponderancia absoluta de los norteamericanos, de tal modo que los palacios vaticanos parecían palacios requisados aunque todavía habitados por su soberano y su anacrónica corte, y destinados a las reuniones de sus senadores y generales, de sus capitalistas y periodistas y, por otra parte, la ausencia total de los soviéticos. En efecto, la guerra fría entre oriente y occidente comenzaba a sustituir al conflicto armado apenas concluido, como si los aliados de ayer no hubiesen combatido codo a codo contra el adversario común sino para poder después enfrentarse en la guerra realmente decisiva. Y era evidente que en la nueva partida, el papa-rey de los católicos había sido movilizado por los vencedores de allende el océano, quienes habían decidido convertirlo en una especie de procónsul en el continente europeo poniendo a su disposición todos los medios que considerase necesario para asistir a las poblaciones necesitadas y apoyándolo hasta en el liderazgo político-moral que el papa aspiraba instaurar en las relaciones con los distintos países en vía de reconstrucción.

¿Eran apariencias o realmente Pío XII había decidido abandonar la línea de conducta seguida hasta entonces, haciendo su elección entre los nuevos competidores del mundo? ¿Se había dejado absorber por occidente, como si para la guerra fría no valiesen las mismas normas de prudencia que para la guerra caliente? ¿Se debe realmente admitir aquello que ha sido sostenido tantas veces, es decir que, justamente en los primeros años de la postguerra terminó por sustituir el mito de Alemania por el de Norteamérica, que ya había aflorado hacía tiempo pero que había dominado su fantasía en los últimos años del conflicto? Una respuesta precisa a estos interrogantes exigiría recurrir a todos aquellos matices que el papa utilizó para hacer menos brusco y más aceptable el cambio en su línea de conducta. De todos modos, lo cierto es que los polos de su política internacional, aun tomando en cuenta leves oscilaciones e inquietudes que de cuando en cuando pudieron haber encrespado la superficie, fueron, efectivamente, el anticomunismo por una parte (si bien atenuado algunas veces en simple occidentalismo) y el americanismo por otra.

En el fondo, no es de extrañar, especialmente en lo referente al anticomunismo. Ninguno como él, que había vivido durante todo el conflicto con la ansiosa expectativa de ver aniquilada para siempre la potencia soviética, y que se había traumatizado al verla, por el contrario, resistir heroicamente la apocalíptica maquinaria de guerra alemana y luego doblegarla y aniquilarla, debía de estar preocupado por la nueva fractura no sólo política sino espiritual que comprometía la paz del mundo, justamente en el momento en el que era más obvio esperar el triunfo de la solidaridad y de la fraternidad.

Además, lo que estaba sucediendo en los países confiados a la influencia de Rusia por la conferencia de Yalta, es decir, la sofocación de las libertades democráticas y la instauración de regímenes satélites, tenía toda la apariencia de querer constituir sólo un ejemplo del futuro orden mundial de obediencia comunista. En Asia, el comunismo avanzaba con el ejército de Mao pero en Europa tenía sus vanguardias legales en los partidos más organizados, eficientes y masivos del continente. En cuanto a la Iglesia, si los países del sudeste balcánico fagocitados por Moscú, no constituían una seria pérdida para el catolicismo, que había tenido que cederlos hacía ya tiempo al islamismo y a la ortodoxia, la línea de defensa de los estados católicos comprendidos entre el Báltico y el Danubio se había derrumbado completamente. La línea de demarcación entre el mundo "libre" y el mundo "marxista" que, partiendo de Finlandia y lanzándose hasta dividir en dos a Alemania (y provisionalmente a Austria) llegaba a anexarse Albania, dejaba hacia el oriente a los estados balcánicos, y entre ellos especialmente a Lituania, Polonia, Checoslovaquia y Hungría.

Pero naturalmente lo que causaba mayor ansiedad al pontífice era la llamada "cortina de hierro" que constituía una censura irreparable y la condena al aislamiento de aquellas Iglesias de Roma. En efecto, los nuevos gobiernos habían denunciado (en Polonia y Rumania) o abolido de hecho (en Letonia y Lituania) los concordatos preexistentes y, contemporáneamente, no habían renovado (Polonia) o habían suprimido, o se preparaban para suprimir, las relaciones diplomáticas con la Santa Sede (Albania y Hungría en el 45, Bulgaria en el 48, Polonia y Checoslovaquia en el 50 y Yugoeslavia en el 52).

Y, lo que no era menos alarmante para la Santa Sede, la nueva legislación de estos países reducía por todas partes las distintas Iglesias a simples sociedades de culto, excluyéndolas de las escuelas y de los hospitales, podaba sus organismos laicos y las congregaciones religiosas, volvía a delimitar sus inmensas propiedades y disminuía sus réditos y, como si eso fuera poco, se organizaban procesos contra los obispos y los miembros del clero acusados de cola-



- 83 - 158

istnienie Polski, nie dał swojego ambasadora do rządu polskiego, wbrew umowom z Polską mianuje wrogów Polski biskupami na ziemiach Polski, a pieniądzami ze świętopietrza, wyciąganymi również i z Polski, wspiera bankrutujące rządy Mussolinigo. Oznacza to dla nas, że już do dawnych stosunków wysługiwania się przez Polskę Watykanowi powrócić nie wolno.-"

"Głos Pracy" z 28 - 10.VII.42. "Łódź piotrowa na wzburzonej fali".

"...Gdzież się podzieli piastuni autorytetów, którzyby powstrzymali straszne dzieło męczeństwa. Czyż jeszcze istnieją gdziekolwiek takie autorytety... Tak: istnieją. Jednym z takich autorytetów jest najwyższy dostojnik Kościoła katolickiego Ojciec Święty. Niestety następca św. Piotra, najpotężniejszy władca dusz chrześcijańskich, zamknął się w pałacu watykańskim i nie przedsiębierze nic w obronie swoich wiernych wyznawców.-

Wielkie wydarzenia powodują reformy, zmiany systemów, przemiany ustrojów i nie omijają nawet Kościoła. W XI wieku nastąpił rozdział Kościoła na wschodni - bizantyjski i zachodni rzymski, rozłam, który papieże starali się zlikwidować przez pozyskanie dla Rzymu Rosji. W XVI wieku Kościół katolicki nawiedziła reformacja, dzięki której powstały kościoły chrześcijańskie zreformowane, nie podlegające Papieżowi. Olbrzymi wstrząs, jaki przeżywamy obecnie, może spowodować wielkie zmiany i w Kościele katolickim. Rzym może zostać osamotniony, ponieważ wyznawcy wierni dotychczas Kościołowi rzymskiemu nie znaleźli w Papieżu ostoi ani obrony.-

Najwyższy Pasterzu, narody z imienia chrześcijańskie mordują bezbronnych chrześcijan, których Chrystus nakazał miłować. Twoi poprzednicy uciekali się do klątwy, której Ty nie chcesz rzucić na barbarzyńców i nie chcesz wezwać wszystkich katolików świata, aby odmówili bandytom chleba, wody i ognia. A gdyby klątwa nie pomogła, wówczas, Pasterzu, na znak protestu mógłbyś opuścić swój dostojny zamek. Świat cały wstrząsnąłby się na ten widok... Odszczepieńcy od Kościoła i komuniści twierdzą złośliwie, że tak jak Leon XIII kazał Polakom modlić się i czcić cara, tak Ty każesz Polakom znosić cierpliwie męczeństwo i modlić się i wiernie wypełniać rozkazy okrutnego okupanta.-

Czy wiesz, Dostojny Pasterzu, że tymże wróg zamienił setki świątyń na składy i domy publiczne, że kolebkę chrześcijaństwa Polskiego, katedrę gnieźnieńską obrabował i zamknął, zamienił na składy, że tysiące kapłanów zginęło na szubienicach i ginie śmiercią męczeńską w więzieniach. Przyjdź tu do nas i zobacz to wszystko, gdyż naprawdę trudno sobie wyobrazić te wszystkie potworności, gdy się ich nie widzi. Tobie, Dostojny Pasterzu, nie zagrozi wszak Gestapo. Ciebie nie dotknie plugawa ręka zbrodniarza, gdyż Ciebie chroni Pierścień Rybaka i broni najpotężniejszy autorytet. Papież Grzegorz VII zwyciężył Cesarza Henryka IV autorytetem, zmusił go by przywdział włosiennicę i z mieczem u szyi poszedł boso do Canossy. Marcin V pod groźbą klątwy zabronił Władysławowi Jagielle zawierania unii Polski i Czech. Czyż Ty, Dostojny Papieżu, podczas największego kataklizmu dziejowego masz siedzieć niemo, i patrzeć obojętnie na dokonywane zbrodnie...

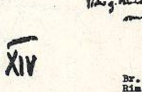
Skorzystaj z wielkiego prawa klątwy w stosunku do antychrystów XX wieku, a zasłużysz się na wieki całej ludzkości. To prawo mogło było przecież być [illegible] wykonane wobec nieszczęśliwego króla Polski i wiernego sprzymierzeńca papieskiego, Bolesława Śmiałego, za jego porywczość w stosunku do jednego tylko człowieka - więc czemużby nie mogło być ono wykorzystane w stosunku do tyranów ludzkości, nurzających się w morzu krwi milionów bezbronnych i miłujących pokój ludzi.-

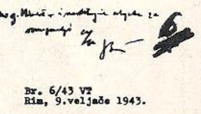
Dostojny Pasterzu, wyjdź ze swego złotego pałacu między biedny Twój lud i otocz go taką opieką, do jakiej jesteś przeznaczony i powołany przez Opatrzność."

18. K R O N I K A [illegible]

4


UREd IZVANREDNOG OPUNOMOĆENIKA
NEZAVISNE DRŽAVE HRVATSKE
— RIM —





Br. 6/43 VT
Rim, 9.veljače 1943.

I Z V J E Š T A J
br. 1/43.

1. Dodir s Vatikanom

a) Audiencija kod sv.Oca. U nedjelju dne 31. siečnja bio sam s obitelju primljen u posebnu audijenciju kod sv.Oca, koja je trajala punih pola sata. Papa je bio naglašeno ljubezan, izrazio je svoje veselje za upućeno mu osobno pismo našega Poglavnika, koje sam po propisima protokola predao kardinalu-državnom tajniku zajedno s latinskim prievodom ustaških načela. Svetog Oca je ovaj znak pažnje očigledno vrlo obradovao.

Sv.Otac zanimao se napose za rad naše ustaške mladeži, o čemu mu je moja najstarija kćerka dala razne obaviesti.

Pričao sam mu o strahotama, koje podnašaju naši ljudi po raznim logorima u Italiji, te je sv.Otac obećao, da će se za stvar osobno zainteresirati. Na ovom mjestu dodajem, da sam u Vatikanu čuo, da će Vatikan dati neku svotu kao pripomoć našim ljudima u zatočenju.

U pogledu obćih prilika rekao je Papa, da se na obzorju ne može zamietiti ništa, što bi dalo naslućivati kakvu skoru mogućnost sklapanja mira. Usprkos tome, sv.Otac je u zadnja dva tjedna neobično dobro raspoložen, što su zamietili ljudi njegove okoline. Kako mi je rekao njegov Maestro di camera Msgr.Arborio Mella di S.Elia, sluti se iz ovog raspoloženja sv.Oca, da se možda ipak može očekivati kakav povoljniji razvoj događaja u pogledu mira, koji je glavna briga Papina.

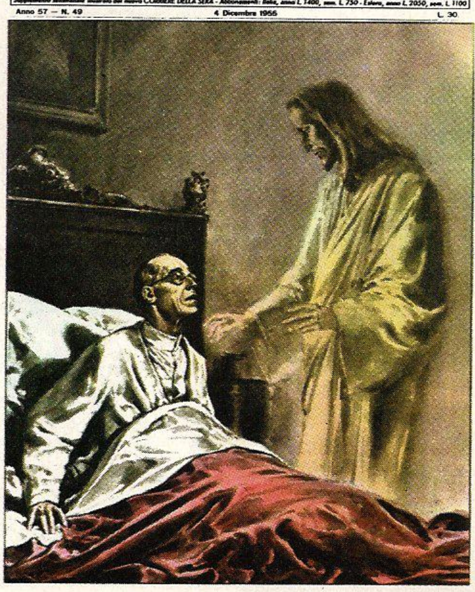
U daljem razgovoru sv.Otac mi je rekao, da žali što napokon svi jednom ne uvide tko je glavni, jedini i pravi neprijatelj Evrope i što se na Boljševizam ne povede jedna zaista zajednička križarska vojna. Ova izjava može izazvati malo začudjenje, kad se znade za dosadašnju Papinu suzdržljivost u tom pitanju.

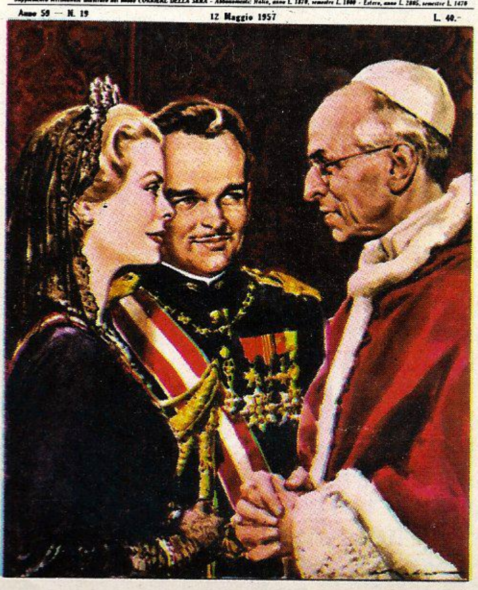
b) Kardinal-državni tajnik. Kardinala-drž.tajnika posjetio sam, da mu za sv.Otca predam Poglavnikovo osobno pismo s umjetnički izrađenim latinskim prievodom ustaških načela, prema propisima za predaju pošiljaka suverena sv.Otcu. U ovoj formalnosti protokola, na koju su me izričito upozorili, vidi se, da Vatikan Poglavnika smatra suverenom. Kardinal je s velikim zanimanjem pregledao knjigu, izrazivši čudenje što se kod nas mogu izrađivati tako liepe stvari.

Istom prilikom predao sam kardinalu-drž.tajniku i jedan primjerak "Sive knjige", za koju je on već bio čuo. Zgraža se nad iznesenim strahotama, ali se inače nije upuštao u davanje bilo kakvog suda o knjizi.

Predao sam mu i jedan "Appunto" o nedjelima talijanskih vlasti u okupiranom području. Kardinal me, kao i prošli puta, uvjeravao, da Vatikan sa svoje strane u toj stvari sve čini kako bi pomogao našem življu.







boracionismo con los alemanes o que se negaban a someterse a las nuevas leyes, etcétera.

Nadie podría dejar de negar honestamente que en este proceso hubo excesos y violencias y a tal punto que permitieron algunas veces a la Santa Sede hablar de persecuciones y de planes preordenados de sofocación de la Iglesia. Por otra parte, los ideólogos más intransigentes y fanáticos del régimen trataron indiscutiblemente de aprovechar la situación y el clima stalinista para acelerar la realización del estado comunista ideal, ateo, ilusionándose con poder quemar impunemente los templos. Sin embargo, en sustancia, bajo la bandera comunista, en aquellos países de regímenes todavía semimedievales, se estaba realizando, sobre todo, aquel proceso de recuperación de los sectores de la vida civil, pertenecientes por derecho al Estado pero que la Iglesia detentaba por una tradición plurisecular, que en occidente había tenido lugar un siglo antes por medio del laicismo. También el laicismo occidental se había teñido abundantemente de anticlericalismo y de liberalismo: pero es lícito pensar que sin estas cargas pasionales, una revolución tan radical y tan necesaria, tanto al Estado moderno como a la Iglesia (al primero para constituirse, a la segunda para destemporalizarse) no se hubiera cumplido nunca o, por lo menos, tan rápidamente.

El hecho de que Pío XII no haya comprendido esto y haya recaído en la política de mezquina protesta de Pío IX, es algo que nos deja pensativos. Pero que no se haya dado cuenta que la posición antivaticana de los distintos gobiernos de detrás de la cortina no respondía sólo a un *diktat* despótico y uniforme de Moscú sino que, al menos en parte y en ciertos países, obedecía a las injusticias sufridas durante la guerra, es algo difícil de creer. Con o sin la instigación de Moscú, ¿habría podido ser diversa la posición de Albania, que no sólo no había obtenido de él, en el trágico viernes santo de 1939, una sola palabra de conmiseración sino que había visto como el Vaticano aprovechaba rápidamente la situación, iniciando ambiciosos planes de expansión de la propia organización eclesiástica en el país ocupado? Y en Croacia, no había sido justamente él quien honrara al régimen sanguinario de Pavelic con la presencia de su Legado personal. ¿Y cuáles eran las pruebas de amor, no verbales sino concretas, que había dado a los polacos durante los seis larguísimos años de su martirologio? ¿Acaso durante la guerra no se le había advertido infinidades de veces sobre el descontento polaco por sus reticencias, y sobre las amenazas de ruptura del Concordato, de separación entre la Iglesia y el Estado y hasta de la creación de una Iglesia nacional que se insinuaban entre los intelectuales sobrevivientes y entre el pueblo?

Ya que no se puede agraviar la inteligencia

4



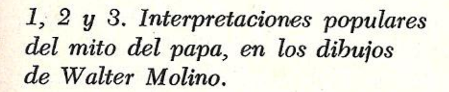
5



6



7



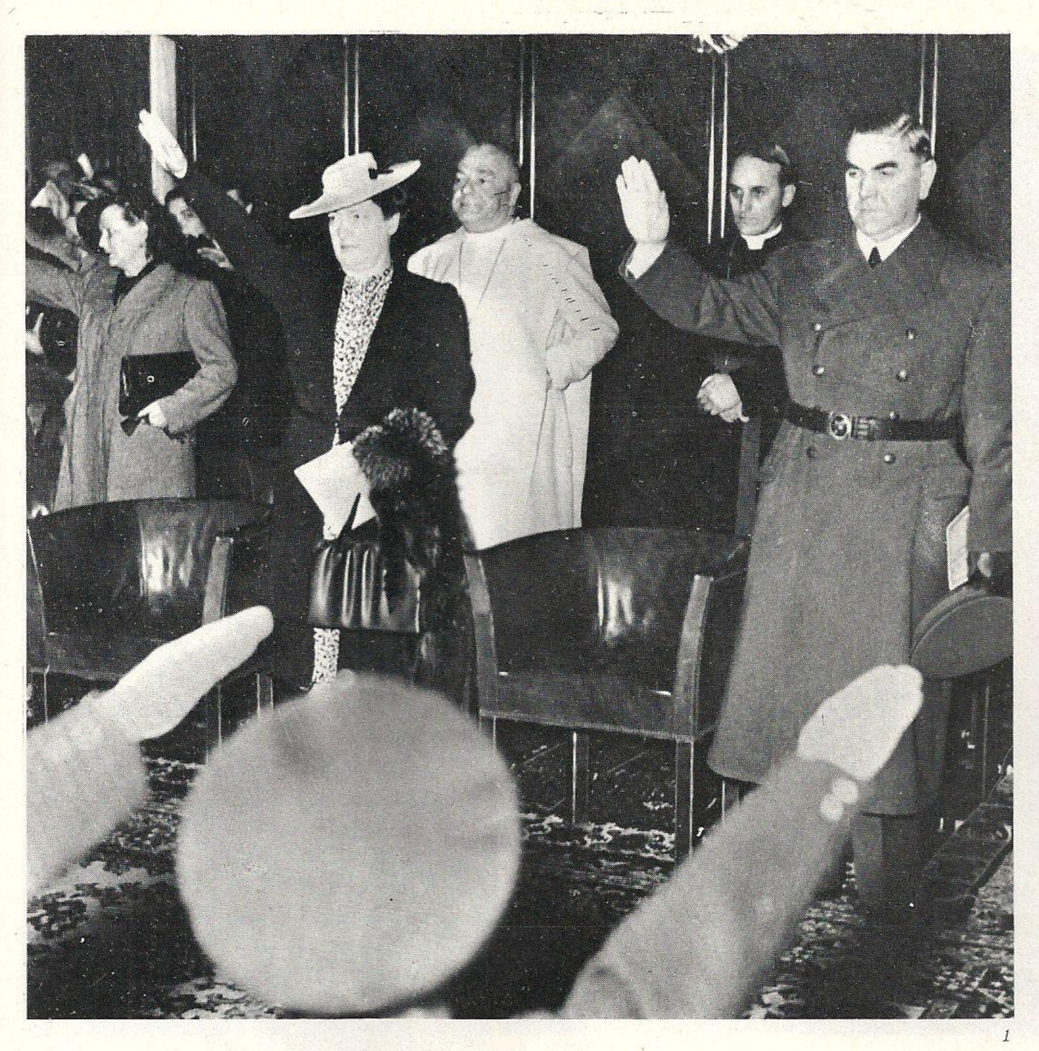
1, 2 y 3. Interpretaciones populares del mito del papa, en los dibujos de Walter Molino.

4. Pío XII recibe a Hoover, con quien discute el problema de la ayuda norteamericana a los países empobrecidos por la guerra.

5. Pío XII da una audiencia a un grupo de marinos norteamericanos.

6. El papa recibe al presidente de los Estados Unidos, Truman.

7. El presidente de Alemania Occidental, Heuss, llega a una audiencia.



1



2

1. Pavelic, Stepinac y el legado pontificio, abad Marcone, toman parte en una ceremonia alemana en Zagreb.

2. El abad Marcone, en compañía de Pavelic, visita a un orfanato católico.

3. En audiencia oficial con los representantes del "Tercer Mundo".

4. El cardenal Constantini, legado apostólico en Pekín, y el neocardenal Cracias, en el Consistorio de 1953.

de Pío XII afirmando que no debió haberse dado cuenta de esto, no puede más que pensarse que él dejó creer lo contrario para que no se juzgara su infeliz actuación durante la guerra. Pero entonces, ¿por qué no adoptar una política de reparación y de comprensión, en lugar de asumir una ciega actitud de intransigencia? ¿Y por qué someter a esta política a episcopados enteros, a millares de sacerdotes y de fieles? ¿No equivalía esto a disponerlos, sino a las cruentas persecuciones, al aislamiento y al boicot civil? Si era cierto que durante la guerra había callado para evitar represalias a sus fieles, ¿cómo lo permitía ahora, tan ligeramente? Y llegaba hasta a tratar de cismáticos y a castigar con censuras a aquellos sacerdotes y laicos militantes (llamados "progresistas") que buscaban un terreno de acuerdo ideológicamente neutro para colaborar sinceramente en la instauración de un orden social más justo, aunque, desgraciadamente por el momento, menos libre.

Una línea de mayor intransigencia era probablemente oportuna, si no necesaria al comienzo, y se pudo extender este período de prueba durante el stalinismo, pero ¿y después? ¿Por qué no prevenir, o al menos, poner a prueba la consistencia de la voluntad distensiva de los sucesores del dictador? Y luego del heroico pero inútil sacrificio de Hungría (que él mismo había fomentado con telegramas que, sin embargo, había negado a los pueblos oprimidos, deseosos de rebelarse durante la guerra) y cuando a los ojos de todo el mundo, el cardenal primado de Polonia había aparecido como el verdadero salvador de su nación, ¿por qué humillar a Wysynski con tres días de cuarentena antes de recibirlo en el Vaticano? ¿Acaso Wysynski no había sido un confesor de la fe y un generoso ejecutor de las órdenes del Vaticano?

Este entercamiento de Pío XII en el anticomunismo total tenía, naturalmente, sus razones. En primer lugar psicológicas: cuando, durante las famosas jornadas de Munich de 1919, una tanda de guardias espartaquistas violó, revólver en mano, la extraterritorialidad de la nunciatura, Eugenio Pacelli quiso estar solo para afrontarlos y los había convencido de que saliesen sin cometer la mínima violencia. Pero el *shock* fue tal que aún a decenios de distancia, hasta en los últimos años de su vida, solía revivir en sueños, como se lo confesó muchas veces a su médico, aquella hora dramática.

En segundo lugar, su anticomunismo tenía sus razones en la tradición: todo el pontificado del papa Ratti había estado signado por el antagonismo frente al peligro comunista. Parte de las simpatías que tributaba a los regímenes fascistas se debía, por cierto, a su pragmático anticomunismo. Además, es bien sabido que, para la guerra de España, Pío XI habría deseado una cruzada internacional. Pío XII, por su parte, confiaba en una esperanza que, si podría justificarse la

política preventiva de un Foster Dulles, no hacía mucho honor al espíritu pacífico de un hombre de Dios: la esperanza de que, si el bloque comunista no se dividía por si solo, cedería en el momento oportuno, bajo la presión armada de occidente. En efecto, es inegable que él no sólo creía en la posibilidad de la sublevación de los pueblos de detrás de la cortina y en el apoyo incondicional que la insurrección recibiría de los pueblos occidentales, sino que continuó creyéndolo aún después del fracaso de la insurrección del 56, y hasta cuando no existían más dudas sobre la realidad de la distensión poststalinista como nueva vía del socialismo.

El realismo y la concreción, más que la previsión, son presupuestos esenciales e insustituibles para un político. En su abstracción ideológica Pío XII no intuyó la verdad descubierta por el papa Juan, es decir que "las doctrinas una vez elaboradas y definidas, se mantienen iguales, mientras que los movimientos (que se inspiran en ellas) actuando en situaciones históricas que evolucionan incesantemente, no pueden dejar de sufrir sus influencias y por lo tanto, no puede dejar de estar sujetas a cambios también profundos".

El anticomunismo a ultranza del papa Pacelli hizo peligrar en extremo a las iglesias de las "democracias populares", reducidas en algunas naciones como en Checoslovaquia hasta casi desaparecer y le impidió advertir, a su debido tiempo, la realidad cada día más evidente del Tercer Mundo; y, al hacerlo sostenedor de una política esencialmente competitiva y defensiva en el mundo libre, lo obligó a politizar cada vez más las estructuras y la acción de la Iglesia en los países católicos occidentales.

Haber ignorado por mucho tiempo el lento afirmarse del Tercer Mundo y no haber previsto su creciente fuerza política autónoma frente a los dos bloques (despreocupación e ironía sobre la conferencia de Bandog) constituyó uno de los errores más graves del pontificado del papa Pacelli. Creyó hasta último momento que los nuevos países terminarían por catalizarse en torno a los dos grupos y pensó, como consecuencia, que el deber de la diplomacia vaticana era favorecer su acercamiento a occidente. De ahí, por ejemplo, su vacilante política anticolonialista (atemperada, es cierto, por una mayor libertad de acción concedida a los episcopados de los estados nacientes) cuando un documento solemne del jefe del catolicismo sobre el fin inexorable del colonialismo de todo color —político - económico, cultural— le habría ganado las más amplias simpatías de los países de color y habría influido benéficamente para una revisión más ardorosa y exacta, de los compromisos y de los métodos de la acción misionera.

Las consecuencias más trágicas de esta política de incomprensión y de repliegue, llevada a cabo contemporizando lo más posible con





4

las potencias colonialistas (a veces también —es un deber reconocerlo—, por razones que no eran simples pretextos) se vieron claramente en el África y justamente en la nación más católica del continente negro, el Congo belga, que todavía al final del pontificado de Pacelli no tenía una jerarquía autónoma sino misionera. En la China, la situación era evidentemente distinta pero, una vez más, la alianza pasiva con los Estados Unidos costó al Vaticano la evacuación del continente y aquello que Juan XXIII definió como el "cisma" del episcopado chino.
En Europa, la palabra de orden, beatificada por Pío XII fue: europeísmo. Un programa positivo si el cuadro de su política general, no hubiese estado caracterizado por preeminentes preocupaciones de defensa con respecto a oriente y por lo tanto, de las quinta columnas comunistas difundidas por todas partes, en la legalidad e ilegalidad. En esta perspectiva cerrada, está claro entonces, que el europeísmo se asumía en una función más instrumental que final, por no hablar de la hipoteca con que un papa debía gravar un ideal de este tipo: el ideal de la unidad católica del viejo continente. Esta característica del europeísmo pacelliano se configura con la energía de su consentimiento a los planes de la NATO y de otras organizaciones defensivas similares en contraste, no tanto con su frialdad hacia la ONU, como hacia las instituciones o hacia las realizaciones que no estaban dispuestas, como la UNESCO, a aceptar la contribución condicionadora de la Iglesia católica. Por otra parte, es importante tener en cuenta su irónica valoración de la Carta de las Naciones Unidas, hacia la cual su sucesor, por el contrario, se mostraría bien benévolo.

El Vaticano y la República

De cualquier manera, es un hecho que el ideal europeísta de Pío XII pareció cercano a realizarse y del modo más integral cuando, a la cabeza de la política exterior de Italia, Francia y Alemania, se encontraron tres auténticos líderes católicos como De Gasperi, Schumann y Adenauer. En efecto, parecía también que triunfaba otra tesis del maximalismo temporalista del papa Pacelli: la de la existencia en cada país democrático católico, de un partido confesional y, en cada nación de religión mixta, de un partido pluralista pero condicionado y, de ser posible, dirigido por los católicos.
En este punto, Pío XII se distanciaba decididamente de sus predecesores: de Benedicto XV, que había permitido la constitución del Partido Popular Italiano pero a condición de que no comprometiese para nada la política de la Santa Sede, y de Pío XI, que había hundido directamente al partido de Don Sturzo y había permitido el exilio de su líder, por dar vía libre a Mussolini. Pero el contraste, sobre todo con Pío XI era superficial: en el fondo, los dos pontífices —el milanés y el romano— compartían la misma concepción constantiniana, es decir temporalista, de la Iglesia, si bien desembarazada de anacrónicos complejos territoriales, que se proponía expresar el catolicismo en cada país, católico o no, como potencia política, cultural, económica, asistencial, etc. Para Pío XII, el instrumento de esta hegemonía debía ser justamente —en el traspaso de regímenes totalitarios a regímenes democráticos—, el partido católico, dispuesto a remitirse *ad nutum Sanctae Sedis*, a las órdenes del Papa, cada vez que lo considerase necesario.
Una situación de este tipo no era siempre factible, ni siquiera en las eventualidades positivas, más o menos limitadas, especialmente en los países impregnados de fuerte tradición laica. En efecto, los partidos demócrata-cristianos constituidos en Francia, Holanda, Luxemburgo, Austria y Alemania, inmediatamente después de la guerra, bajo el control y el consejo de los nuncios, trataron con distinto éxito, de defender su propia autonomía. También lo intentó la democracia en Italia, especialmente bajo De Gasperi, pero raramente con resultados exitosos. Es sabido que Italia, dada la presencia de la Santa Sede en Roma, ha sido siempre considerada por ésta como territorio estratégico propio, necesario para garantizar que sus propios órganos centrales se mantengan física y moralmente incólumes. Un país que puede naturalmente disponer, para hacer frente a sus necesidades profanas, de un gobierno propio, pero a condición que su autonomía acepte los límites impuestos por toda interferencia con los intereses del Vaticano, preocupado sobre todo por conservar a los italianos como pueblo esencialmente levítico.
Ningún papa moderno fue tan rígido al perseguir este criterio, como Pacelli, también porque ninguno como él se vió tan facilitado por las circunstancias. Una vez terminada la guerra —y aún antes de que terminara—, la península experimentó un vacío de poder, que se hacía tanto más crítico por la existencia de un imponente partido comunista. El esfuerzo hecho por Pío XII, primero para garantizar la influencia de la Iglesia a través de la Carta Constitucional y luego para conjurar la amenaza roja fue impresionante, pero triunfó totalmente sólo en el primer caso (y, por una increíble paradoja, justamente por la ayuda de los comunistas, que votaron la inclusión de los Pactos de Letrán con el art. 7°). A pesar de todas las campañas electorales y apostólicas, el "partido de Moscú" acampado, por decirlo así, justamente en las puertas del Vaticano, continuó siendo el más macizo y compacto de los países occidentales. Esto decidió a la Santa Sede a mantener y a aumentar su presión sobre el joven estado democrático, de modo de tenerlo bajo su voluntad y manejarlo a su placer contra su supremo enemigo.
Pío XII pretendió así el alejamiento de los comunistas del gobierno; pretendió, cosa más grave, la ruptura de la unidad sindical; pretendió —cosa todavía más injustificada— el incremento de la escuela privada para favorecer la hegemonía cultural de los católicos, etc. El sentido del Estado del presidente De Gasperi fue puesto a prueba ininterrumpidamente, pero muy raramente tuvo que enfrentarse directamente con el mismo pontífice y por razones de menor importancia, como en los últimos años de su vida. El episodio más increíble y hasta ahora más conocido es sin duda el de las elecciones comunales de Roma en la primavera de 1952. Aterrorizado por la posibilidad de la conquista del Campidoglio por los comunista, Pío XII quiso imponer la unión de los demócratas cristianos con las derechas, inclusive los *misini* *. De Gasperi intentó en vano disuadir al papa de su propósito. Pero una carta que se le hizo llegar por intermedio de monseñor Montini no tuvo éxito. Don Sturzo, objetado por él, debió plegarse. Para obligar a la capitulación al "austríaco", como los adversarios llamaban al estadista tridentino, se llegó a la movilización de un inquisidor jesuita. Dada la magnitud de lo puesto en juego, se apuntó a un nombre prestigioso, el "micrófono de Dios" padre Lombardi, quien antes que enfrentar a De Gasperi prefirió pedir audiencia a su mujer.
"En una hora y media de conversación —ha narrado María Romana— él supo pasar de las lisonjas a las amenazas. Tuvo frases como ésta: "El papa preferiría, a la conquista electoral del Campidoglio por parte de los comunistas, a Stalin y sus cosacos en la plaza de San Pedro. Mire —continuó—, que si las elecciones andan mal, lo haremos dimitir."
Las elecciones no se perdieron. No obstante esto, cuando De Gasperi, todavía presidente del Consejo de Ministros y al coincidir el aniversario de su boda con los votos perpetuos de su hija Lucía, pidió audiencia para él y su familia a Pío XII, la audiencia le fue negada.
Otra de las consecuencias de la desconfianza del papa Pacelli por la Democracia Cristiana, sobre todo mientras vivió De Gasperi, fue el recurrir casi constantemente a la amenaza de sustituirla por la Acción Católica, que eran el fuerte, en caso de necesidad, de aquel dinámico organismo preelectoral que fueron —sobre todo entonces— los comités cívicos, fundados por su presidente. En la práctica, los comités cívicos, constituyen todavía hoy la movilización cívica y política de la Acción Católica sobre un terreno totalmente profano en la que terminó por distanciarse de sus fines puramente espirituales y apostólicos y se vio empujada a un peligroso proceso de desnaturalización.

* Pertenecientes al M. S. I. (movimiento social italiano), partido neo-fascista.



1. De Gasperi, llega a una audiencia. 1

Un nuevo temporalismo

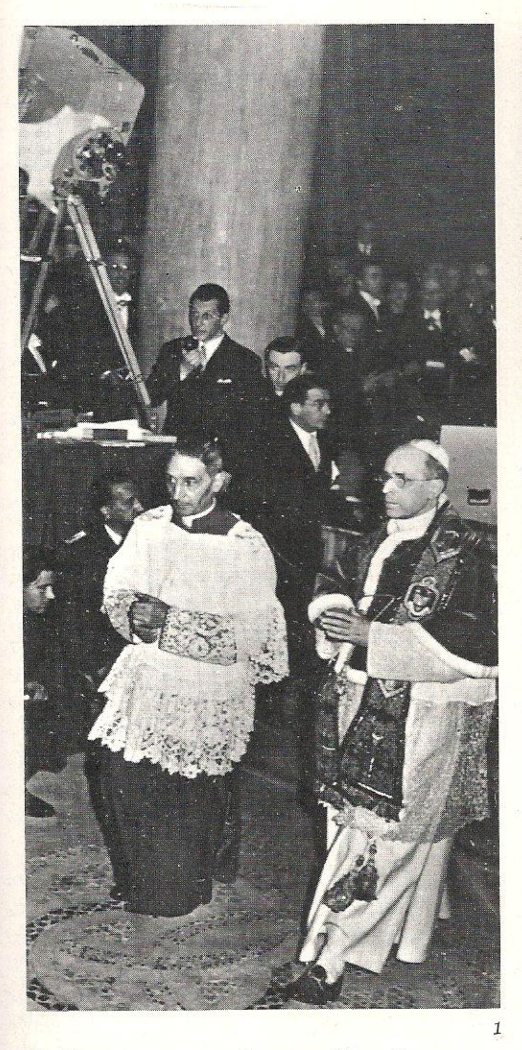
Por otra parte, contemporáneamente, se verificó el fenómeno análogo en perjuicio de la caridad pontificia, organizada durante la guerra en la comisión Pontificia de Asistencia y transformada, inmediatamente después, en una potente máquina preelectoral. Luego de las elecciones del 18 de abril de 1948, cuando parecía haber terminado su misión, Pío XII decidió por el contrario, revalorizarla hasta hacer de ella un gigantesco instituto asistencial, difundido por toda la península y capaz de competir con cualquier otra organización afín con pretensiones de sustituírlas a todas, aunque fuese extranjera.

Ni incluso un poder tan incorpóreo por sus fines y por sus destinos como la Iglesia, podrá presumir de sostener el empuje operativo de organismo tan numerosos y complejos (paritarios, puede decirse a los estatales y, en definitiva, sus antagonistas) con el puro desinterés de sus adeptos. Se hizo fatal así la penetración del capital vaticano en el sistema financiero italiano y su ingerencia y su difusión capilar se volvió cada día más grande, sobre todo, gracias al imponente afluir de contribuciones de fuentes extranjeras fácilmente individualizadas en las distintas administraciones pontificias especialmente en la Banca Vaticana fundada por Pío XII el 27 de junio de 1942 en plena guerra, bajo el pío título de Instituto para las Obras de Religión. Pero en correspondencia con el círculo cada vez más grande de capitales se difundió, en los mismos ambientes eclesiásticos, en los apostólicos y en los más propiamente políticos detentados por los católicos (arribados por primera vez al poder desde 1861, año de la unidad italiana), un espíritu de mercantilismo y de especulación cada vez más desprejuiciado que explotó pronto en una serie de escándalos que constelaron el pontificado de Pacelli comprometiendo a conocidas personalidades eclesiásticas, que con frecuencia, pertenecían a los mismos ambientes vaticanos.

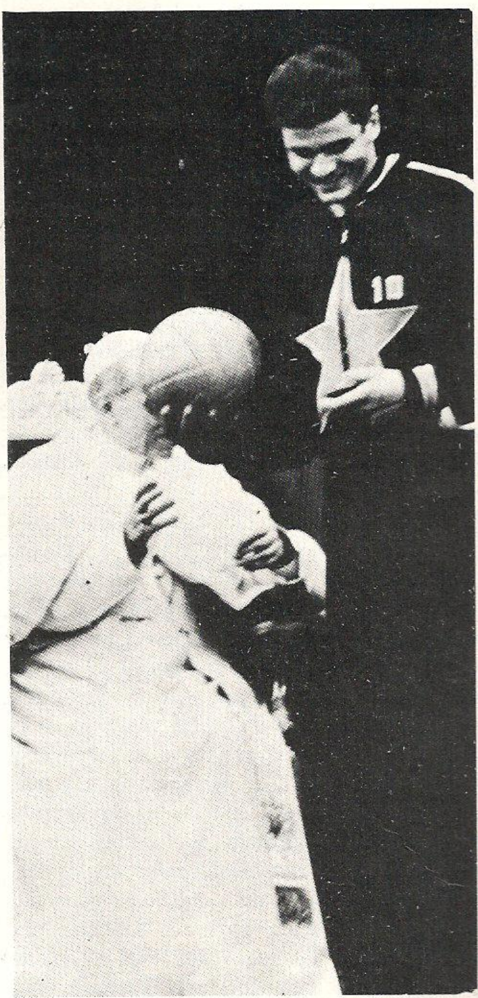
Estos últimos aspectos introducen a la presentación del segundo coeficiente que caracterizó al pontificado de Pío XII: el americanismo. León XIII, en una famosa carta del 22 de enero de 1899 al cardenal Gibbons, la *Testem benevolen tiae,* había condenado netamente el americanismo filosófico - religioso. El americanismo aceptado medio siglo después por el papa Pacelli era más una costumbre y un estilo que una filosofía: de todas maneras, más o menos teorizada, una costumbre se inspira siempre en una mentalidad y, en definitiva, en una concepción de la vida. De modo que no es exagerado afirmar que Pío XII importó a la Iglesia la "via americana" y no sólo, como ya se ha visto, en su política internacional. Si el anticomunismo fue el alma de su política exterior, el americanismo fue el de su política interior.

Resulta demasiado fácil reconocer los caracteres típicos de la mentalidad norteamericana en las posiciones asumidas personalmente por Pío XII o por la Iglesia Católica durante su gobierno y con su pleno consentimiento. Típicamente norteamericano es el optimismo impuesto como condición psicológica no sólo para apreciar los valores de la vida sino para "vencer la vida" y por lo tanto, afirmarse en ella. Otros rasgos típicos son la fiebre de acción y de las realizaciones concretas, evidentes, impactantes, la fe casi infantilmente incondicional en la omnipotencia de la técnica, organizativa y propagandística, el culto de la cantidad, el del poderío material, especialmente el dinero, etc. Criterios de este tipo se adaptan naturalmente mejor a una concepción materialista de la existencia pero, debidamente moderados y ajustados pueden aplicarse también en una concepción ultratemporal de los destinos del hombre, interesada también en sus realizaciones terrenas. Y es naturalmente en este último sentido que fueron adoptadas por Pío XII para lograr un éxito mayor de un catolicismo más dinámico e incisivo. Su prédica y su presentación triunfal de la Iglesia, por ejemplo, refleja de modo desconcertante los puntos de vista fundamentales del optimismo norteamericano. Nada está más lejos del espíritu crucificado del evangelio que una Iglesia teocrática: las beatitudes del discurso del monte son las beatitudes de los vencidos, no de los vencedores. El papa Pacelli, por el contrario, como lo ha reconocido su íntimo colaborador, el padre Leimer, tenía un agudo sentido del poder y una repugnancia instintiva por toda forma de hiperespiritualismo y de aislamiento en lo puramente religioso. La confirmación es preciosa pero innecesaria. Los hechos son más elocuentes que cualquier afirmación: y los hechos son la celebración hiperbólica del Año Santo y la prolongación sin pausa que tuvo, en un cierto sentido, hasta los fines del pontificado de Pacelli. Sobre todo desde el 50 en adelante, pero con notable precedentes también antes, Roma, y no sólo los Palacios Sacros o la basílica de San Pedro o la misma plaza de Bernini, fueron un escenario permanente, con representaciones casi cotidianas, escenografías excitantes, asambleas oceánicas, etc. Las mismas audiencias pontificias, públicas o privadas (en éstas prevalecieron rápidamente los campeones deportivos, las estrellas cinematográficas, los exponentes de la aristocracia, los reyes de las finanzas, etc.), perdieron pronto su natural clima espiritual para asumir más que nada un interés de curiosidad si no de mundanidad.

Lo que se ha dicho sobre la desnaturalización de la Acción Católica, a través de su politización, o de la caridad papal, a través de su propagandismo provocador y de sus propósitos monopolizadores, merecería un desarrollo más extenso. Aunque más no fuera para hacer notar la progresiva sus-



1



2



3

1. Encuentro con la pantalla: el papa se prepara para su primera aparición en televisión.

2. Jugadores de baloncesto, en visita al Papa. En esa ocasión se jugó un partido en la plaza San Pedro.

3. El papa conversa con el padre Gemelli.

4. El papa recibe a los vencedores y a los locutores de ¿Deja o duplica? la exitosa transmisión televisiva con premios.



4

titución del espíritu originario con las más áridas técnicas sugestivas y chantajistas aplicadas a la propaganda general de la verdad religiosa (que resulta siempre un poco humillada al ser publicitada como un dentífrico o un producto de belleza) y a la acción del apostolado individual ("Base misionera", etc.).

El escándalo más clamoroso dado por la Iglesia durante el pontificado del papa Pacelli ha sido el de su imprevista y provocadora fortuna financiera. En Italia, sobre todo, fue la primera en reconstruir su patrimonio inmobiliario (cargándolo en gran parte al estado), insensible al hecho de que entonces, como también hoy, la crisis de los edificios populares creaba problemas no sólo sociales sino morales en una proporción alarmante. No obstante esto la construcción y reconstrucción de nuevas iglesias no bastó: se deseó y se realizó la construcción de millares de complejos parroquiales. La "fiebre del cemento", la manía de las "obras" (y por obras se entendía cada vez más cines, teatros, bares, centros deportivos, etc.), se volvió cada vez más devoradora. Pero los obispos y el clero secular no fueron sus únicas víctimas. Hasta las órdenes religiosas más penitentes, como la de los mendicantes (franciscanos, capuchinos, etc.), americanizaron sus conventos. En Roma —donde el catastro marcó los puntos más elevados en favor del privilegio eclesiástico— osaron construir las casas generalicias más modernas y lujosas, sin que ningún freno providencial obstaculizase su celo mal dirigido.

Sin embargo, las peores consecuencias del americanismo no se dieron tanto en las cosas que se realizaron sino en las que impidió: la afirmación de una iglesia de los pobres, o, mejor dicho, profundamente sensibilizada a los problemas sociales y el éxito de los distintos movimientos de renovación (teológico, bíblico, litúrgico, catequístico, en los métodos de apostolado, etc.) que sólo en parte y después de la desaparición de Pío XII, el Concilio llegó a defender si no a imponer.

Después de la guerra, uno de los polos de atracción de la Iglesia fue la personalidad mágica de Pío XII pero el otro polo lo constituyó sin duda, la figura del sacerdote. Pero no el sacerdote de rango, adornado con cordones y con borlas, sino el sacerdote desconocido, olvidado, solo e inadvertido, pero siempre omnipotente, en el fondo de un presbiterio disperso. Un sacerdote de Mauriac o Bernanos, pero fuera de la literatura: un "sacerdote vital". De él se ocuparon los novelistas, los periodistas, los sociólogos, los cineastas, los dramaturgos sin cansar jamás a su público.

El fenómeno era demasiado vasto y, sobre todo, demasiado intenso como para ser una superficial moda como tantos otros. En efecto, tenía su razón en la nueva fisonomía que el sacerdote común estaba asumiendo, de la que los sacerdotes obreros no fueron más que la manifestación más característica, pero también un poco deformante. Porque, más revolucionarios que los sacerdotes obreros eran, en realidad, los sacerdotes teólogos que predicaban el retorno a las "fuentes"; desde los manualistas —aún los de genio como Santo Tomás— a los Evangelios —y a la Biblia en general— y a los Padres (los escritores eclesiásticos de los primeros siglos).

Los profanos comprendieron inmediatamente que la revolución en la Iglesia vendría de estos sacerdotes rudos pero auténticos que habían renegado de las maneras curialescas y frailescas de sus predecesores, de su pedante rubricalismo y de su etiqueta, de su lenguaje en clave y enigmático para establecer contactos inmediatos y vitales y acercar lo humano a lo divino sin diafragmas inútiles, con la convicción de una experiencia y de un conocimiento vivido.

Formalismo litúrgico y teológico

Pero este fenómeno nuevo no fue entendido por Pío XII y, como era de esperar, por su curia de rutinarios. La condena de la "nueva teología" tuvo lugar en 1950 (su año crítico) y poco después, entre el 53 y el 54, la condena de los "sacerdotes obreros". Los teólogos sospechosos de neo - modernismo —aquellos mismos que diez años después serían los líderes del Concilio del papa Juan a pesar del constante ostracismo del Santo Oficio— fueron separados de las cátedras, alejados de las ciudades y de los centros culturales; se les prohibió hablar y publicar. La *Humani generis,* la pequeña *Pascendi* del papa Pacelli, no decía nada de esto: pero los celosos siervos habían intuido los deseos de su señor, quien no les puso ningún obstáculo. En cuanto a los sacerdotes obreros, que se plegaron al veto de continuar su experiencia, fueron fácilmente absorbidos en los rangos. El mundo estaba realizando rápidamente una de las transformaciones más radicales de su historia y el papa se preocupaba sobre todo por "conservar el depósito". Quizás, inmediatamente después de la guerra, lo habían alarmado ciertas reivindicaciones, a veces no muy idealistas, elevadas aquí y allá en el clero de varios países. Pero si para la Iglesia todo tiempo es tiempo de reformas, ciertas épocas lo son de un modo apremiante. Pío XII se limitó, por el contrario, a cortar algunos metros a la cola del traje de ceremonia de los cardenales ,a permitir algún respiro de actividad apostólica a las monjas claustrales, a conceder una modernización más racional de los hábitos de las religiosas sin que esto diese una nueva sensibilidad social a las supremas jerarquías de su Iglesia o incidiese sustancilmente en la renovación de la vida de los monasterios. El único sector en el que actuó con reformas audaces y acertadas fue en el de la liturgia (misa vespertina en los días festivos, condiciones más razonables para el ayuno eucarístico, etc.), donde, especialmente en lo referente al uso de ciertas lenguas locales y la admisión de ciertos ritos en los países de color, se anticipó audazmente el Concilio.

Frente a un comportamiento tan desilusionante por parte del hombre que había hecho surgir tantas esperanzas en el momento de su elección, es obvio que nos preguntemos su o sus razones. Naturalmente, algunas causas pueden buscarse fuera de él, en los hombres que lo rodearon o en las circunstancias. Pero casi siempre, por no decir siempre, era él mismo el que había colocado y conservado a los hombres que lo rodeaban y las circunstancias, si bien sirven para iluminar algún obstáculo particular, no explican la situación en toda su complejidad. El verdadero nudo del problema está en el hombre Pacelli, o sea, en su psicología, que era, por una parte, la psicología de un burócrata, y por otra, la de un hombre de fe, más natural que sobrenatural.

En efecto, de sus orígenes romanos, estrechamente ligados al mundo vaticano, a su curia y a su corte, el papa Pacelli derivaba un sentido de la romanidad de la Iglesia que para los hombres como él —romanos de Roma, ex-ciudadanos y funcionarios de los Estados pontificios— no es solamente, como para cualquier otro, tanto extranjero como italiano, un concepto abstracto, apenas reavivado por algún recuerdo clásico o de historiografía papal, sino un hecho orgánico, vital, una experiencia carnal porque está ligada a aquel misterio de transmisión de la vida que concentra y resume tradiciones milenarias. En efecto, antes que ser una prueba del registro sobrenatural de la fe lo es de la fe natural, que no se detiene sólo en las vicisitudes cristianas sino también en las vicisitudes paganas de Roma, fundiéndolas en un todo único y sublimado. Por lo tanto, como burócrata al servicio de esta entidad mitificada por lo general y por lo sobrenatural, estuvo todavía más inclinado a aceptarla sin discutirla y a defenderla sin criticarla.

Toda exaltación y todo culto, son siempre acríticos y por lo tanto, hostiles a reconocer defectos o carencias. En una palabra, son fatal e idolátricamente conservadores, lo que equivale a decir impotentes. Impotentes para conocer realmente, para analizar y para diagnosticar y sobre todo, para transformar. Por lo que respecta a Pío XII no hay más que releer sus discursos sobre la Iglesia, a partir de aquel, tal vez el más ambicioso, llevado a cabo en el famoso consistorio del 46 para la elección de 32 nuevos cardenales. La exaltación de la catolicidad y del internacionalismo de la Iglesia se reduce en él a una retórica altisonante que, cuanto más pretenciosa tanto más deja al descubierto lo elemental de los conceptos subyacentes. La eclesiología de Pío XII es la más antigua que se pueda imaginar, a sólo pocos años de la apertura de horizontes que llevará a cabo Juan XXIII. Basta pensar en la ausencia

de cualquier presentimiento y por el contrario el rechazo radical de un eventual pluralismo tanto administrativo como teológico. Es cierto que acepta, en la práctica, cualquier forma de organización periférica más eficiente (las conferencias episcopales y una organización continental para la América latina: el CELAM) pero evita cuidadosamente darles algún reconocimiento jurídico y, por lo tanto, algún poder efectivo, por el temor a que la descentralización pudiera dañar la organización centralizada de la Iglesia. Elude poner en discusión la existencia de las Iglesias orientales y a través de la elaboración del códice de derecho canónigo específico para ellas, sanciona ulteriores tentativas de minimización y hasta de latinización. Finalmente, si permitió un mayor respiro en el terreno ecuménico, lo hizo sólo en lo referente a contactos de alto nivel, sometidos a cautas y controladísimas licencias. La relación con las otras religiones y hasta con las de las comunidades cristianas separadas fue considerada por el papa Pacelli como un peligro de contaminación y de corrupción y, en consecuencia era mirada con desconfianza.

En esta perspectiva, es evidente que la Iglesia no postula tanto reformas como aislamientos: más que innovaciones, inmunizaciones; más que intervenciones, exaltaciones. Sin embargo, desde todo punto de vista, la exaltación de la Iglesia en Pío XII tendía a restringirse, refluyendo, desde lo bajo y desde el exterior, a lo interno hacia lo alto, para concentrarse sobre todo en el culto de la romanidad, de su centro o de su primado pontificio. Para comprobarlo basta retroceder al año clave de su pontificado, el año del jubileo de 1950, que fue al mismo tiempo celebración y expresión dinámica (con el peregrinaje del mundo entero hacia la Urbe y de la Urbe hacia la cátedra del sucesor de San Pedro) de la catolicidad, de la romanidad y de la primacía de la Iglesia de Roma. Y no por casualidad el jubileo culminó con un evento que no se renovaba desde 1870: la proclamación infalible por parte del papa de un nuevo dogma, el de la asunción de María. Nueva gloria mariana, es cierto, pero también un nuevo fausto pontificio. En aquel mismo año tuvo que haberse celebrado también la beatificación del papa Pío X: se la debió postergar hasta el 3 de junio de 1951, pero la canonización tuvo lugar puntualmente en el aniversario de su muerte (el 29 de mayo de 1954). También antes de morir, el papa Pacelli tuvo el consuelo de proclamar beato a otro predecesor suyo, Inocencio XI, y de iniciar la causa de canonización de Pío IX.

Sin embargo, Pío XII no se detuvo en el culto de los papas en general: terminó de algún modo por desembocar en su propio culto: sobre el obelisco inaccesible en el que acababa la espiral de su exaltación de la Iglesia ya no había lugar más que para una sola persona: el papa, es decir, él. Él, oráculo del magisterio, guía de la humanidad, el "Santísimo" por antonomasia, como lo quería el ceremonial vaticano.

Un juicio difícil

No hay duda que, en este punto, nos acercamos a un límite extremadamente delicado; pero renunciar a abordarlo equivaldría a plegarse a la hipocresía o a la vileza. Por otra parte, el hecho del progresivo aislamiento de Pío XII es irrefutable. Salvo en los años de la guerra, cuando la actividad misma de la curia estaba en gran parte bloqueada por el aislamiento en que se encontraba la Santa Sede y todos los problemas de alguna importancia eran resueltos por él, Pío XII prefirió siempre dejar a otros de su confianza, la mayor parte de los asuntos referentes al Estado Vaticano y a la misma Iglesia. Ya hemos nombrado a sus "Vice" (después de la guerra, se agregaron a Canali y Pizzardo y en sustitución de Piazza, cuando éste faltó, Micara, Ottaviani y Mimmi, dando así vida al Pentágono); lo que ahora importa subrayar es la importancia de las palancas que éstos manejaban: además de la Ciudad del Vaticano y de Roma con su diócesis, la Suprema Congregación del Santo Oficio (la superpolicía de la Iglesia), la Consistorial (el ministerio de los obispos), y la Congregación de los Seminarios y de las Universidades (el Ministerio de Instrucción). Por otra parte, todos los otros oficios y tribunales vaticanos estaban bajo el control indirecto pero eficaz de los miembros del Pentágono. El subgobierno de la Iglesia y justamente su conservadorismo programático se explicaban en gran parte por estos hombres y esta situación de monopolio. Después de la enfermedad de 1954, Pío XII dejó de ejercer los ya escasos controles que había ejercido hasta entonces sobre la Curia, a través de las audiencias con sus dirigentes. Distanciadas en un primer tiempo, se llegó luego a suspenderlas totalmente. Y lo que resultó más grave aún, el papa no se preocupó por nombrar nuevos dirigentes que llenaran las vacantes que se iban produciendo en los ministerios y en los oficios. El cardenal Tardini, en un discurso conmemorativo de Pío XII, pronunciado en presencia de Juan XXIII, el 20 de octubre de 1959, explicó esta manera de proceder del papa Pacelli por su timidez y por el deseo de sustraerse a las presiones de quienes se acercaban a él para obtener favores y para apoyar a protegidos o recomendados. La explicación (que evidentemente no puede ser una justificación), tiene ciertamente un fondo de verdad, pero el cardenal Tardini hubiera sido más valiente admitiendo que, para realizar un gobierno más personal y directo de la Iglesia (pero, por la fuerza de las cosas, más limitado), Pío XII había transformado la Secretaría de Estado en una pequeña curia, triplicando casi el número de sus funcionarios (130 en 1958, 50 en 1939) y creando nuevos cargos como el de teólogo y consultor jurídico. Abandonada a sí misma, la curia se convirtió en lo que conocemos y sus prácticas asumieron un camino todavía más kafkiano. Pero peor aún fue la reducción si no la total supresión, de las audiencias a los obispos, comprendiendo las previstas en sus periódicas visitas *ad limina*. El contacto del papa con el mundo católico se convirtió así, poco a poco, en un contacto de fe. Aislado en el vértice del Vaticano, en su empíreo, reservándose el alto oficio de guía de los pueblos (sin contar siquiera con la mediación de un cardenal secretario de Estado desde 1944) y de mentor supremo de sus fieles, Pío XII pensaba realizar mejor su propia misión.

Y en cierto sentido, la suya no fue del todo una ilusión. Si bien su magisterio no compensó completamente el abandono del gobierno directo de la Iglesia, a él debe adjudicársele su herencia más positiva. Particularmente al magisterio oral, más que al escrito. Esto no quiere decir que sus encíclicas puedan pasarse por alto: algunas —la *Mystici Corporis*, sobre la Iglesia cuerpo místico de Cristo (1943), la *Divino afflante Spiritu*, sobre los estudios bíblicos, renegada en parte con la *Humani generis*, la *Mediator Dei* (1947), sobre la liturgia— son textos de primer plano y no se le puede negar el mérito de haber elegido o aceptado el tema y, al menos en las líneas esenciales, las tesis y el desarrollo. Otras, como sus dos encíclicas misioneras, *Fidei donum* (1957) y *Evangeli praecones* (1951) tienen también méritos indiscutibles. Pero en comparación con los veinte tomos de discursos constituyen una producción no sólo cuantitativamente soslayable, sino que, en cuanto a su contenido y a su programa, no superan el nivel de una administración ordinaria.

En los veinte volúmenes también abundan las escorias: desde las pretensiones literarias (que afortunadamente ensombrecen sólo la primera parte) hasta la manía enciclopedista. Pío XII creía ser un orador: pero en realidad sus dotes oratorias —de voz, de dicción, de gesto, su capacidad de incisión— existían solamente en las loas de los cortesanos. En lo que el papa Pacelli no se equivocaba era en considerar que el discurso, ya sea por su ocasionalidad y oportunidad, como por su dimensión, era la forma más apropiada para sus intervenciones de moralista y de jurista. Estos fueron sus límites, pero, dentro de ellos sus contribuciones fueron indudablemente prestigiosas y duraderas (sobre todo al tratar ciertos problemas planteados por la medicina y al delinear y analizar cuestiones relativas al derecho público internacional); Pacelli no había nacido para la síntesis —tanto que no la intentó ni siquiera en el terreno en el que era un auténtico maestro— y por eso la forma que más le convenía era la de

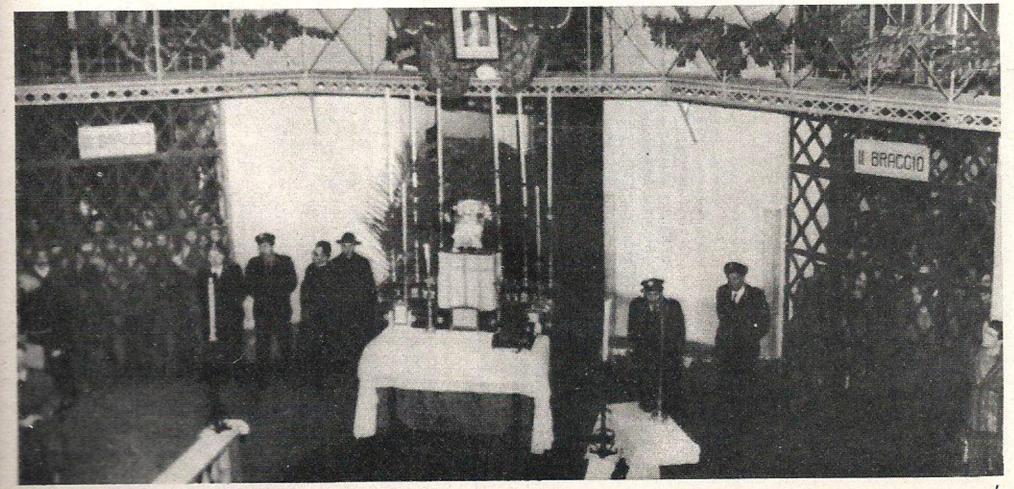


1



2





4

1. Pío XII bendice a la multitud.

2. Estampillas con la efigie del papa emitidas por el Vaticano en celebración de varias solemnidades ligadas al nombre de Pío XII.

3. Audiencia del papa con sus familiares, a los médicos que lo han curado de su grave enfermedad, en señal de particular gratitud.

4. Regina Coeli: los detenidos escuchan un mensaje del Papa, que les habla desde el Vaticano.

los discursos: y la posteridad lo recordará sobre todo a través de ellos.
En general, pues, es necesario reconocer que su pensamiento fue más abierto, constructivo y previsor que sus decisiones concretas. Su política, como se ha visto, fue sustancialmente negativa, a tal punto que a su sucesor le bastó darla vuelta como a un guante para volver a otorgarle jerarquía mundial a la Iglesia. Pero también Juan XXIII se remitió muchas veces a sus textos (particularmente ciertos mensajes radiales, como aquel sobre los peligros de la tecnocracia y sobre la coexistencia).
Frente a sus contemporáneos, Pío XII se sentía, y en parte lo fue, un oráculo, una especie de Moisés sobre el monte (dejando de lado, se entiende, el balbuceo del personaje bíblico). Y ya que no se está bajo el zarzal ardiente sin quemarse un poco en el fuego sacro y, sobre todo, sin ver, como dice la Escritura, la espalda de Dios, no debe maravillarnos que también Pío XII, en el fervor de su autoexaltación, tuviese o creyese tener fenómenos análogos. Los cuales, si hubieran permanecido en el secreto de su intimidad, por lo menos hasta su muerte, hubieran sido edificantes para los creyentes. Por el contrario, fueron expuestos a una dura prueba por la propaganda que se dio a estos episodios: en octubre de 1951 fue nada menos que un cardenal, Federico Tedeschini, legado Pontificio en Fátima, quien reveló, ante una multitud de centenares de millares de personas que el papa Pacelli entre fines de octubre y los primeros días de noviembre de 1950, mientras paseaba en los jardines vaticanos, había tenido cuatro visiones distintas de los prodigios astronómicos de Fátima; por su parte, los máximos dirigentes de la Secretaría de Estado, con intervenciones personales o indirectas organizaron, en diciembre de 1954, la difusión periodística de la noticia de la aparición de Cristo al papa enfermo sucedida el 2 de aquel mes, haciéndola preceder de un rotograbado ultranostálgico.
La misma teología católica enseña que la santidad no está necesariamente ligada a ciertos carismas; sobre todo, la misma canonización de los santos no implica nunca, por decirlo así, ningún reconocimiento de la sobrenaturalidad de sus visiones o inspiraciones. El papa Pacelli tenía ya, además, una aureola natural de sugestión como para querer rodearse de otra mucho menos convincente, teniendo en cuenta también que la mitificación del papa está muy extendida en general entre los católicos, como para que sea necesario agregarle ulteriores incrementos e incitaciones. La aparición, después de Pío XII, de la "humanidad" del papa Roncalli, ha demostrado que lo que conmueve al mundo no es lo inédito ni lo excepcional, lo extraordinario y lo milagroso, sino lo simple y lo auténtico.
La autoexaltación personal de Pío XII constituía un hecho demasiado artificial y desagradable para poder durar mucho tiempo y efectivamente, terminó por debilitarse, comprometiéndose también en gran medida, al menos temporalmente, lo que él podía dejar de duradero.
En cuanto a su continua oratoria, su secreto estribaba quizás, en la tentativa de recuperarse de su fracasada actuación de líder político en el mundo. Al comprometer su influencia de árbitro entre los dos bloques, con un incauto alineamiento junto a uno de ellos, y sorprendido por la aparición inesperada y tenazmente negada del Tercer Mundo, Pío XII trató de sustituir la acción por el magisterio. Pero, aun multiplicando los mensajes, patético cruzado sin cruzada, no logró nunca encontrar el mensaje. Para la política, le faltaba el realismo necesario y para el magisterio, carecía de verdadero espíritu profético y de fuerza sintética. Colocado sobre las orillas del Mar Rojo, no tanto a causa de la guerra sino por la nueva etapa histórica del mundo, alzó repetidas veces la vara, pero las aguas no se dividieron. Esperaban al papa de "transición" y sólo a él obedecieron.



1

Bibliografía

No existen hasta ahora más que biografías hagiográficas sobre Pío XII. Tampoco existen estudios críticos completos sobre su pontificado. El período más investigado de la actividad pontificia del papa Pacelli es sin duda, el que coincide con la II guerra mundial.
Sobre el tema pueden consultarse:

a) *obras católicas*:

M. Maccarone, *Il nazionalismo e la S. Sede*, Roma, Studium, 197 A. Giovanetti, *El Vaticano y la guerra* (1939-194), Madrid, Espasa-Calpe.

b) *obras independientes*:

Buonaiuti, *Pío XII*, Universale, 1946; III ed., Roma, Editori Riuniti, 1964. J. Nobécourt, *"El Vicario" y la historia*, Barcelona, Vicens-Vives, 1966. S. Friedlaender, *Pío XII y el III Reich. Documentos*, Barcelona, Nova Terra, 1965. C. Falconi, *Il silenzio di Pio XII*, Milán Sugar, 1965.

1. El papa bendice a la multitud en una de sus últimas apariciones en público.



CENTRO EDITOR DE AMÉRICA LATINA

LOS HOMBRES de la historia
Darwin
Pietro Omodeo

LOS HOMBRES de la historia
Gandhi
Giorgio Borsa

Publicación semanal



Periódicamente - y por una suma muy accesible - Ud. podrá canjearlos por magníficos volúmenes encuadernados.

Están en venta todos los números anteriores para formar la colección completa.

Conserve y coleccione los fascículos de

LOS HOMBRES de la historia

en perfecto estado *

Precio de venta				
	ARGENTINA: $ 120.-	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
	BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU:
	COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO:	PUERTO RICO:
	COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90
	CUBA:	ESPAÑA:	PANAMA:	VENEZUELA: Bs. 2.5